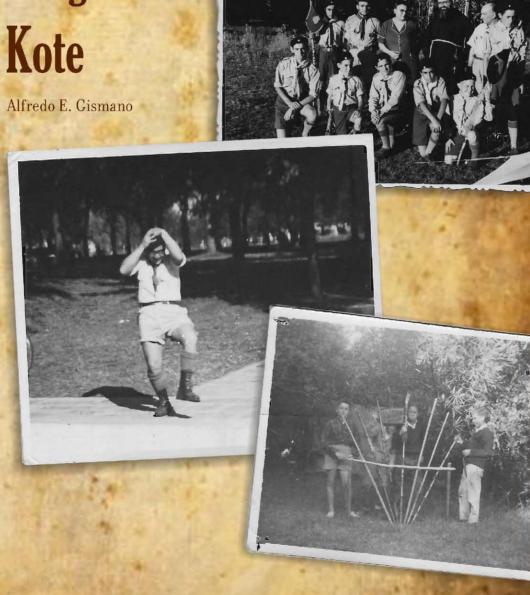
Los cuentos del gordo Kote



Los Cuentos del Gordo Kote

por Alfredo E. Gismano

Prólogo

En City Bell, hace unos cuantos años, tuve la suerte de conocer un estilo de vida; que más tarde me llevo a hacérselo conocer y vivir a mi esposa y a mis cuatro hijos: EL ESCULTISMO.

Conocí gente, viajé por muchos lugares, hice verdaderos amigos.

Varias generaciones de jóvenes pasaron por el grupo scout y con ellos viajamos por todos lados: Tandil, Entre Ríos, Brasil, Chile y de grande como Formador, fuí a dar cursos por todas las provincias de éste querido país.

A mí querida esposa, aguantadora y espectacular compañera, gracias por seguirme en todas las locuras que hice en esta vida.

A mis hijos, todos scouts, a mis nueras casi todas scouts, gracias por ser como son y por haberme dado una manada propia.

A ellos les dedico estos recuerdos, que me permitieron muchas noches tener algún "cuentito" para contarles a mis hijos cuando eran pequeños, antes de ir a dormir: gracias a Kote, por permitirme usar su apodo, a Osvaldo Belletini quien fue nuestro maestro scout y al que interrumpí todas las tardes visitándolo cuando estaba estudiando, y a todos aquellos que aparecen en estas historias verdaderas, en especial a mis amigos de las patrullas Castores, Leopardos y Chimangos: Guillermo Caballé, Eduardo Trebino, Carlos Tur, Lao Paunero, Ricardo Sutton (mas que un hermano), Ernesto Draghi, Alberto Grunewald, Edgardo De Isasi.

Un recuerdo especial para aquellos que están preparando nuestra carpa en el cielo: Beto Hernández, Hugo Carrara, Coque Paunero y Kote José Luis Squírru; muchas pero muchas gracias.

Pido perdón a aquellos que no aparecen o si lo hacen, me permitan que pueda contar mi versión de cada cuento. Pasaron muchos años.

Alfredo Gismano - Castor Blanco

Capitulo 1: Lo Conocí

City Bell, mi pueblo, tenía las calles de tierra, solo la principal era de asfalto, con muchos árboles y en Navidad con mucho perfume a Jazmines.

Mi casa estaba a una cuadra y media de la escuela primaria Nº 12, a donde concurrían todos los chicos del barrio. El colegio secundario todavía no existía, teníamos que viajar a La Plata para estudiar.

Mi mamá, siempre "previsora" había conseguido, a través del colegio de monjas donde ella había estudiado, que me otorgaran una plaza en uno de los Colegios de curas más importantes de la ciudad de La Plata, sin rendir el examen de ingreso. Me cambiaron a ese colegio en 6to grado; con solo 11 años.

Muy buen colegio, buenos profesores, doble turno y lleno de "niños bien", pero, en verdad, nunca me sentí a gusto.

De lunes a viernes, mañana y tarde, pasé a ser, un pasajero del legendario micro 3 que cubría el trayecto City Bell - La Plata.

¿Por qué cuento esto? Porque entre otras cosas, me exigían ir los domingos a la misa del colegio ó debía cumplir con el precepto en mi parroquia solicitándole al cura un "comprobante de asistencia", para que no me pongan falta por no ir a la misa. Así era en esa época y en ese colegio.

La parroquia estaba a dos cuadras de casa, en ella había algo que me atraía: en el fondo, tenía una canchita de fútbol a donde los sábados iba a jugar junto a mi amigo y vecino "el Aníbal", hijo de unos tanos verduleros tremendamente laburadores.

Me acuerdo como si fuera hoy, ese domingo fuimos a misa, tal vez más temprano que otros domingos y como faltaba un rato para que empezara, nos aceramos a la canchita del fondo de la iglesia porque oímos voces que despertaron nuestra curiosidad.

En ese momento no estaban jugando al fútbol, pero...

Había un grupo de chicos y muchachos, sentados en círculo, debajo de los dos álamos que marcaban el costado de la cancha. Dos de ellos tenían en sus manos unas cañas macizas con unos banderines en la punta, y uno me llamo la atención especialmente, pues estaba forrado con pieles, no sé si de conejo o de alguna liebre.

¿Qué era esto que estábamos viendo? Me quedé con mi amigo junto al álamo más alejado, que era el que le daba más sombra a la habitación del cura, escuchando lo que les decía el más grande de los muchachos...

De fondo, se escuchó el sonar de la campana que nos decía que eran las 10 y cuarto,

que faltaban 15 minutos para comenzar la misa.

De pronto se escuchó:

- ¡Al trabajo!- y un fuerte ¡Siempre Listo! se oyó como respuesta y todos se fueron a los "rincones" en donde se juntaban por "patrulla".

No entendíamos nada, pero había algo que me atraía sin saber qué era.

El muchacho que había estado hablando con los chicos, al quedarse sólo se acercó a donde estábamos Aníbal y yo y nos dijo:

-¿No quieren venir a los scouts?-

Lo mire al Aníbal que era medio tímido y levantando los hombros le pregunte:

-¿y que hacen los scouts?

Allí Osvaldo, así era como se llamaba el Jefe, me contó un montón de cosas que realmente me gustaron ó que pensé que me gustaría hacer.

Mi respuesta fue:

- Pero yo voy mañana y tarde al colegio y no sé si puedo.

Osvaldo me diio:

- Si nos juntamos los domingos después de la misa de 8 hasta las 12, andá y preguntá en tu casa si te dejan venir y probas, si te gusta seguís y sino seguimos siendo amigos.

Sonó la tercera campanada que me trajo a la realidad, tenia que ir a misa. Lo saludamos y nos fuimos con "el Aníbal".

Creo que fue la misa mas larga que escuché en mi vida, no terminaba nunca. Luego, hacer la cola para pedir el certificado de asistencia a misa y salí corriendo las dos cuadras hasta casa, distancia que acorté por el caminito entre los lotes vacíos para pedirle permiso a mis viejos para ir de nuevo y conocer qué era eso de los scouts. No sé porqué pero corrí como nunca.

Entré como una tromba, mi vieja no entendía nada, me pidió que me calmara, que tomara aire. Le conté todo, creo que dos veces cada cosa, horarios, días, donde era, etc., etc. Si lograba el sí, ya estaba, porque en casa la que mandaba era ella, mi viejo era un pedazo de pan, pero ella era la que marcaba la disciplina.

Hábil como ninguna y para ver que decía mi papá, me dijo:

-Ah! No sé, preguntale a tu padre.

Yo empecé a ponerme contento, eso era un "sí" encubierto, pues mi viejo, nunca me decía que no, pero era la palabra del Papi.

Lo apuré con el discurso y su respuesta fue:

-¿Y a vos te gusta eso?¿Desde cuándo?

El viejo me miró de nuevo y me dijo:

- Bueno andá y probá. ¿Cuándo vas a empezar?-
- HOY! Y YA ME VOY POR QUE ESTAN HASTA LAS 12! le contesté lleno de alegría.

Pase por la cocina, le conté a la pasada a mi mamá, me cambié el pantalón y salí corriendo cortando campo de nuevo.

Cuando llegué, estaba Osvaldo con Hugo Carrara y Coque Paunero, los dos eran los guías de patrulla.

Cuando me vieron me preguntaron:

- ¿Y? ¿Vas a venir?

Y les contesté:

- Ya vine.
- Bárbarol, fue la respuesta y allí nomás me dijeron que tenía que elegir en qué patrulla quería estar, Los Castores o los Leopardos.

No tenía ni idea de qué era eso, ni de quiénes estaban en cada patrulla. Hugo y Coque me mostraron a los integrantes que en ese momento estaban haciendo un juego compitiendo entre ellos saltando en un pie, con el brazo junto al pecho y topándose tratando de hacer apoyar al contrincante el otro pie que estaba en el aire y de esa manera hacerle ganar un punto a la patrulla.

Se escucho un número y salió saltando un tal Guillermo Caballé, era petiso como yo, del otro lado salió Alberto Grunewald que era un gigante, medía como uno ochenta.

Era David contra Goliat, y esa historia volvió a repetirse, Guillermo con unos amagues hizo trastabillar al gigante y le ganó.

Creo que allí decidí que iba a ser un Castor más. Eran todos como yo, más bien petisos, salvo Hugo que era el Guía que era un flaco muy alto.

Mientras jugaban, Osvaldo me dio unos papeles en donde estaban escritas, la Ley Scout, los Principios y las Virtudes, el Lema y la Oración Scout. De esta manera comencé a conocer el Escultismo.

De pronto, una carcajada, unos gritos, un castor desparramado en el suelo y frente a él un Leopardo Gordo, un gigante con anteojos de marcos gruesos y con una sonrisa de hiena gozando de su potencia y su cuerpo.

Si, era él y así lo conocí: EL GORDO KOTE.

Al principio no me gustaba, pero nuestras andanzas y aventuras con el correr del tiempo nos hicieron llegar a conocernos y ser grandes amigos.

Capitulo 2: La Prueba

Mi amigo y vecino Aníbal, no había pedido permiso para ir al grupo, pero igual los domingos comenzó a participar de las reuniones scouts luego de la misa.

Sus padres italianos eran verduleros al igual que uno de sus tíos, los otros tíos eran albañiles. Vivían todos en la misma casa, eran rústicos trabajadores, que habían sufrido mucho durante la segunda guerra mundial.

"El Aníbale" como le decían, tenía que trabajar en la limpieza de la verdura, acomodar cajones y mantener la mejor fruta a la vista del cliente.

Decirles que iba a un Grupo Scout le resultaba difícil de explicar o peor era difícil que lo entendieran. Por lo que sólo dijo que se quedaba a jugar al fútbol en la canchita detrás de la iglesia después de ir misa. No era "cualquier lugar" era la Iglesia y por eso tenía permiso y como los domingos no iban al mercado, no lo necesitaban para trabajar con la verdura.

Transcurrieron varios domingos en donde Osvaldo, nos había enseñado un montón de cosas, como por ejemplo hacer nudos, fuegos, primeros auxilios, confeccionar nuestros bordones (bastones de marcha personal) con cañas coligüe, donde cada uno lo ornamentaba a su gusto, para orgullo personal y de la patrulla.

Ese domingo entre las cosas que nos estaba enseñando Hugo, el guía de los Castores; nos reforzaba los conocimientos y nos volvió a explicar sobre cómo hacer un fuego, qué tipos había y para qué servían, etc.

Nosotros eso ya lo habíamos visto. Entonces la pregunta era: ¿Porqué esta repetición y con tanto detalle?

Cuando le terminamos de hacer la pregunta, Osvaldo sacó a relucir de una carpeta unos papelitos en donde nos informaba a cada uno y a nuestros padres que el próximo domingo después de la misa íbamos a ir al campito del Oratorio abandonado; que estaba a 3 cuadras de la cancha de la parroquia y era más descampado y teníamos la sombra de unas palmeras y árboles, en donde haríamos nuestra *PRUEBA DE COCINA*.

Nos miramos todos y dijimos:

- -¿Prueba de qué?
- *De cocina* fue la respuesta del Jefe y en una segunda tanda de papeles, sorteo de por medio, nos entregó el menú que teníamos que hacer.

Nuestras caras de asombro, mezcladas con sonrisas dejaban en claro, que de lo propuesto en el papel ¡NO TENÍAMOS NI IDEA!

Los comentarios fueron al por mayor, desde decir algunos que traerían a una tal Doña Petrona (excelente cocinera de radio y TV) o que traerían a su vieja, o le pedían prestada a Osvaldo su hermana, o a Coque y Lao que tenía seis hermanas para que vengan a ayudarnos el próximo domingo.

Hasta que sonó el silbato de "Atención" y todo el mundo hizo silencio. Osvaldo comenzó a explicar que pronto saldríamos de campamento y que debíamos saber cocinar pues allí no iban a estar nuestras "Mamis" y que debíamos arreglarnos solos.

Ese domingo nos fuimos a casa después de jugar una cinchada por patrulla en donde, como siempre, los Castores llevábamos las de perder frente a los Leopardos.

En el camino de regreso iba leyendo el menú y las consignas. Por ser la primera comida que debía realizar no me tocó algo fácil, además el contenido del menú era algo más que una tarea a realizar, pues decía que debía tener "creatividad":

Plato Principal: PUCHERO DE CARNE Y VERDURAS.

Postre: a elección del scout pero debe ser algo elaborado.

Allí aprendí una cosa: había visto a mi mama hacer puchero pero nunca supe qué llevaba dentro y cómo se hacía.

Tal vez pensé una vez más: Esto es cosa de mujeres.

Llegué a casa, sin que me dijeran nada me fui al baño y me pegué una buena lavada, pues la cinchada había dejado bastante polvo en mis piernas, brazos y cara y un buen rastro verde en el pantalón blanco de fútbol que usaba en la escuela, por la arrastrada que nos hicieron comer los Leopardos sobre los tréboles de la canchita.

Nos sentamos a la mesa con mi papá y mamá nos trajo la comida; mentalmente me dije: ésto es una pavada al lado de lo que me tocó hacer; mi vieja estaba sirviendo churrasco con puré.

Mientras comíamos, mi cabeza era un puchero, pues me imaginaba la escena del domingo próximo.

Tengo que aclarar que mi papá, tenía una pequeña empresa constructora y estaba haciendo los puentes y alcantarillas de una ruta por Brandsen; se iba los lunes y volvía los viernes ya que era mucho viaje para hacerlo diariamente.

Por eso en medio de la comida, como si no tuviera nada que ver, le disparé la pregunta:

-¿Papi vos te cocinas solo en la obra?

Me miró y su respuesta fue:

- Según, al mediodía cocinamos en donde nos toca trabajar y casi siempre hacemos asado por que es lo más fácil ó alguna sopa por si hace frío. A la noche comemos en el obrador y allí hay un cocinero. ¿Por qué es la pregunta?
- No, para saber nada más, porque hoy en los scouts, nos dijeron que el próximo domin-

go tenemos que cocinarnos nosotros y que por eso nos quedaremos a comer allá.

-¡Qué bien! - dijo mi mamá, -¿y que te tocó cocinar?

Mi respuesta fue rápida: - ¡PUCHERO!

Mi viejo dijo: - ¡Que rico! Un buen puchero.

Mi mamá fue más calculadora y dijo: - ah! pero eso no es tan simple y menos para cocinar para uno solo.

Mi hermana me empezó a gastar y cargarme con: - Hace puchero el bebé? Ja, ja, ja" Estaba tan metido en el problema que ni me molestaban las cargadas.

Y allí la frase salvadora de mi vieja:

- Mirá, como el viernes es feriado y está tu papa en casa hago un puchero y ves cómo se hace y de paso me ayudás.

Esa semana, además de ir al colegio, pregunté sobre el puchero hasta al chofer del micro.

Uno de esos días, me encontré con el Gordo Kote en el micro y no sabía bien que le había tocado en su tarjeta, porque el día que entregaron las mismas, él se había ido antes de la reunión y Osvaldo le había pasado a la madre por teléfono lo que debía hacer.

A primera vista era más sencillo que lo que me había tocado a mí. Su menú era: MILANESA CON HUEVOS FRITOS Y FLAN.

El gordo se ría y ya daba por aprobada la prueba, su única duda era el tema del flan ya que heladera no teníamos.

Llegó el viernes, mi papá estaba en casa, había llegado la noche anterior. Mi mamá se había levantado mas tarde que de costumbre por ser feriado. Fuí a hacer unos mandados al almacén y a la panadería; y cuando llegué, mi mama que ya había empezado a preparar el almuerzo con tiempo, me dijo:

-Bueno, para empezar hay que saber cuantos van a comer.

Yo pensé: uno sólo, por lo que va a ser poco trabajo.

Mi mamá trajo la bolsa de papas y pelé una para cada uno de los que íbamos a comer más otras dos por las dudas, luego unas batatas, una cebolla, verduritas, carne, etc., etc., etc.

Cuando terminé, me dije: - Necesito un camión para llevar todo esto.

El sábado a la tarde preparé todo y cuando el domingo sonó el despertador, ya tenía todo listo.

Mi mamá quería ayudarme y mi respuesta no tardó: - *Mamá, yo rindo la prueba, no vos.*

Salí de casa y pasé por lo de Aníbal, salió el padre y me dijo que no iba a misa porque estaba descompuesto, yo en mi interior sabía el verdadero motivo; no les había dicho

nada; por eso seguí mi camino con las ollas y trastos en un bolso y mi bordón en la otra mano.

Llegué a la iglesia, escuché la misa con mi patrulla, conseguí la justificación para el colegio y luego rápidamente, en una columna y por patrulla nos fuimos al viejo Oratorio.

Cada uno se buscó el lugar donde cocinarse el menú. Encontré unos ladrillos de una vieja pared y con ellos arme mi fogón. Busque leñas en el campito vecino y comencé la preparación de las cosas. Puse la olla con agua para que hierva sobre el fuego, como me lo indico mi mamá y fui armando el puchero. Tapé la olla para que se cocine todo, seguí buscando leña y pasé por donde estaba el Gordo Kote.

Había puesto dos troncos para hacer un fuego cazador en donde apoyaba una vieja sartén cargada de aceite calentándose sobre un buen fuego, grande y fuerte. El gordo tenía manía por los fuegos grandes.

Volví a controlar mi puchero, miré a los otros que también estaban haciendo la prueba y estaban como inseguros de lo que hacían como yo. Empecé a preparar unas naranjas cortadas en pedazos pequeños con azúcar para ser presentadas como "postre elaborado".

De pronto se escuchó un alarido y una buena puteada que acompañaba a una fogata de un metro de alto. El gordo, muerto de risa, había terminado de cocinar su milanesa y puso a freír un huevo, cuando al querer poner el segundo se resbala la sartén de los troncos del fogón y todo el aceite se prendió fuego. Su tecnología lo había abandonado y de esta forma el gordo nos hizo conocer el "huevo torrado a la ceniza" como alegremente lo bautizó. Del flan que tenía que hacer, ni noticias después del "accidente"

Los puntajes de ese día fueron muy parejos. *Todos bajos*, pues del puchero salió un rico caldo dado que le había puesto mucha agua a la olla y las verduras se desintegraron todas; los huevos de Kote un desastre; el arroz de Lao sin sal (se la olvidó) incomible; el churrasco de Guille salió un charque y los fideos de Carlos Tur, tapizaron el fondo de la olla.

Pero todos aprendimos algo: LO QUE NO DEBÍAMOS HACER.

El premio de la PRUEBA fue limpiar el tizne de las ollas que nuestras madres nos habían prestado, el cual por arte de magia se trasladó a nuestras caras, manos, cuellos y remeras.

Sonrientes volvimos a casa, tostados por el sol, sucios y extrañando y valorando la comida de la vieja, sabiendo que pronto debíamos repetir la experiencia de: "LA PRUEBA DE COCINA".

Capitulo 3: La Primera Vez

Ya habían transcurrido las vacaciones y con el grupo ese verano no habíamos podido salir de campamento. El motivo: Osvaldo no había terminado los cursos de Scouter para poder salir a cargo de nosotros, además justo le coincidieron las mesas de exámenes finales en la facultad de Ingeniería donde estudiaba.

Sin embargo ese no había sido el motivo principal por el cual no salimos. La realidad era que no teníamos carpas en el grupo.

Como siempre digo: "El que esta arriba tiene un pañuelo scout en el cuello" - y seguro que nos va a ayudar.

La familia Paunero, los de la calle Pellegrini, estaba compuesta por el matrimonio y diez hijos. Para ellos salir de vacaciones en familia les salía carísimo, solo pensar en el costo de un hotel daba escalofríos. Por eso Don Wenceslao se mandó la compra del año: dos carpas para toda la familia.

Justamente ese domingo, el tema principal a enseñarnos en la reunión fue: "la Carpa". Aprendimos lo que era una carpa canadiense, cuál era la cumbrera y los parántes; qué eran y dónde estaban los vientos principales y secundarios, lo que debíamos hacer y lo que no debíamos hacer cuando estábamos en la carpa.

Pero todo eso lo habíamos visto EN LÁMINAS, que el futuro Ingeniero Osvaldo dibujo con esmero. Tocar una carpa: NUNCA.

La charla nos produjo una modorra bárbara, no había entusiasmo alguno por el tema. Fue en ese momento de la mañana que algo nos despertó a todos. ¡El sonido del silbato!

Allí apareció un nuevo personaje en el campito: Ricardo Binci; era más grande que nosotros y lo habíamos visto en la parroquia pues pertenecía a la Acción Católica hasta ese día; Osvaldo lo había convencido para que se pasara a nuestro Grupo y ayudarlo.

Nos lo presento formalmente y su primera tarea fue armar una carrera de signos de pista por cada patrulla.

Allí los Castores no teníamos rivales y saltando de alegría recibimos las consignas en donde se nos informaba que el punto de partida era el modesto campanario de la parroquia, hecho con dos palos de palmera y un tirante cruzado que sostenía la enorme campana que nos anunciaba la hora de la misa.

Partimos en distintas direcciones cada patrulla. Hugo con sus patas largas a la cabeza, Eduardo Trebino y Guillermo Caballé mirando y buscando a la derecha del camino la

nueva pista cada 50 mts., Lao tomaba nota y yo cerraba la columna pues Hugo me quería probar como sub guía.

Llegamos primeros a la última pista. Era un mensaje en clave. La clave no la recordábamos bien hasta que Lao saco su libreta y allí estaban las traducciones de los códigos que nos descifrarían nuestro mensaje en medio de la Plaza Belgrano.

En ese momento vimos que por la otra punta de la plaza llegaban a la carrera los Leopardos a buscar su último mensaje.

El mensaje decía: "ARMAR UNA CARPA EN LA CASA DE LA FAMILIA PAUNERO"

Ni Lao sabía que Osvaldo le había pedido a su padre prestadas las carpas para esta prueba.

Salimos corriendo por la calle 3, tan rápido que casi nos olvidamos el banderín de patrulla en la plaza. Al llegar, vimos a nuestro jefe de Tropa; que nos esperaba bajo la Araucaria del frente de la casa de los Paunero. Hugo se detuvo frente a él y nosotros formados detrás gritábamos nuestro lema de patrulla: ¡Castores pongamos un dique al mal!!

Y con tres palmadas en nuestros muslos simulando la cola del castor escuchábamos nuevamente al guía decir:- ¡Siempre!- a lo que contestábamos:- ¡Listos!

La puerta del garaje de los Paunero estaba abierta, y allí en el piso había dos bultos de lona. ¡Eran las carpas!

Las carpas no eran ni parecidas al dibujo que había hecho el futuro ingeniero. Tanto habíamos pensado en ellas, que lo que teníamos frente a nosotros nos generó un montón de interrogantes y detrás de una gran sonrisa, alguien dijo entre dientes esta pregunta: ¿Por dónde empezamos?

El grito de los Leopardos nos trajo a la realidad. Lao Paunero que ya conocía las carpas, empezó a hablar (era por lo que lo conocíamos todos). Le pedimos que explicara rápido y allí tomo los parántes de la carpa en cada una de sus manos. Eran dos tirantes de madera de 2 metros de alto y 5 centímetros de lado cada uno. En un extremo tenían clavado un pedazo de hierro de unos 15 centímetros de largo.

Comenzamos a abrir la lona. Era lona Pampero, pesadísima, como las que usan los camioneros. Hugo pidió que memoricemos como estaba doblada para luego poder guardarla correctamente y todos le obedecimos sin dudar.

Pero había algo que nos interrumpía: eran los gritos de los Leopardos, que recién habían llegado y encontraron su carpa.

Ellos tenían a Coque de guía y al igual que Lao sabía cómo era el armado. Eso significaba que debíamos apurarnos.

El jolgorio se generalizó y entre los gritos recuerdo que alguien comento que esas eran las carpas del circo de los gitanos que había estado en los terrenos frente a la casa

de los Paunero.

Desdoblamos la lona en el piso y allí vimos las dimensiones finales, eran de dos metros por cuatro de largo. Enormes, pero claro si eran para la familia Paunero tenían que ser así.

Hugo y Eduardo se metieron debajo de la lona, Guillermo y yo sosteníamos los parantes y Lao seguía hablando y explicando como debíamos armarlas. Logramos ensartar los ojales de la cumbrera en los fierros de la punta de los parántes; Lao puso el viento principal del frente. Salí y sostuve el mismo hasta que Hugo clavara la estaca del frente. Eduardo busco un adoquín y empezó a clavar la estaca para sostener los vientos del fondo. Guillermo y Lao tomaron los vientos laterales del frente mientras Hugo terminaba de atar el viento trasero. Parecía que lo sabíamos desde siempre. La Patrulla funcionó perfecta. La carpa se mantenía sola.

Osvaldo se acercó y nos recomendó para la próxima vez algunas cosas que nos faltaron como ser: llevar martillos o mazas para no tener que usar un adoquín. ¡Qué lucidez! si nadie sabía que íbamos a hacer, por eso no llevamos nada.

Desarmamos todo, doblamos la lona, la pusimos en la bolsa, la llevamos al garaje donde las guardaba la familia y salimos al parque.

Una vez más atronó el grito de patrulla de los Castores ganándoles a los gigantes Leopardos por algunos segundos.

Habíamos armado una carpa por PRIMERA VEZ.

Capitulo 4: Boca Cerrada

En el Grupo ya estaba funcionando la Manada, los chicos de 7 a 11 años del barrio de la parroquia la formaron, eran unos cuantos, algunos de los que venían a catecismo, otros hermanos de los que estábamos en la tropa, algunos vecinos.

Julia era la jefa que dirigía la Manada, ellos tenían una guía de trabajo, usando los cuentos de la historia escrita por Rudyard Kipling llamada "El Libro de las Tierras Vírgenes". Los scouts no los veíamos mucho pues se reunían los sábados por la tarde. Ellos ya habían tenido una salida al Zoológico

Habían transcurrido varios meses desde el inicio, y en la Tropa scout teníamos una materia pendiente: Nunca habíamos salido de campamento.

Para ese domingo Osvaldo cito a los guías y sub guías de la Tropa scout a un Consejo de Guías después de misa, retrasando el inicio de la reunión en 1 hora. Siempre las decisiones importantes de la Tropa las resolvían en ese Consejo. Cuando había que tirarle las orejas a alguien o para premiarlo, se juntaba la Corte de Honor, en donde los jefes se reunían con los guías solamente.

Después de la Misa y mientras terminaba la reunión de Consejo, el resto esperaba haciendo un picado en la canchita de fútbol, para hacer tiempo. El Gordo Kote, no era muy amante del deporte y siempre andaba con borceguíes del ejército. Si te pisaba jugando, tu pie quedaba como repulgue de empanada de ají: rojo.

Sonó el silbato y Osvaldo nos formó a todos. Luego de la Oración scout nos sentó en círculo debajo de los álamos y nos dijo: -Dentro de 15 días tendremos un fin de semana largo y mi intención es llevarlos de campamento.

Nuestros ojos se abrieron más de lo normal. Había llegado la hora: SALIR DE CAMPAMENTO.

Osvaldo siguió hablando: -Quiero probar a cada patrulla por separado. Por eso no será una competencia entre patrullas. El campamento se hará de esta forma: una patrulla irá el viernes por la tarde y volverá el sábado a la tarde; la otra saldrá el sábado a la tarde y volverá el domingo a la tarde.

Allí Hugo nuestro guía acotó: -Pero si el lunes es feriado.

A lo que Osvaldo contesto: -Alguno de los chicos tienen acto en el colegio y otros deben estudiar para el martes, pero igual nos juntaremos un rato por la tarde a limpiar la carpa.

- ¿Limpiar la carpa? Fue la pregunta colectiva y la respuesta no se hizo esperar: Si,

porque nos van a prestar una carpa y debemos devolverla en perfectas condiciones.

Coque Paunero aclara la cosa diciendo: -Mi papa nos presta una carpa. Entonces la primera patrulla la lleva el viernes y la segunda la trae el domingo.

La idea cerraba, era buena, solo faltaba saber quién salía el viernes y quién el sábado, a dónde íbamos y quién iba de dirigente con cada patrulla.

Eso lo tenía resuelto Osvaldo, como siempre. La primer patrulla iba con Osvaldo, la segunda con Ricardo Binci, el muchacho de la Acción Católica y que, como no podía quedarse a dormir, volvía ese mismo sábado con la primer patrulla.

En ese tiempo, el tren llegaba hasta la localidad de Punta Lara. El ferrocarril era el Roca y debíamos ir a la estación de Pereyra Iraola para hacer allí cambio de trenes.

El problema era que nos dejaba como a 5 kilómetros de Boca Cerrada, que era el destino final en donde acamparíamos.

Osvaldo dio por terminada la reunión informativa y las patrullas nos fuimos a los rincones de cada una, había mucho por hacer y comentar.

Lo primero fue decirle a Hugo que vaya y defina que patrulla viajaba primero. Luego empezamos el resto a definir que íbamos a comer y por último que llevábamos cada uno para la patrulla y nuestro equipo personal.

En el sorteo ganaron los Leopardos y ellos viajaban el viernes y nosotros los Castores el sábado. A mi me convenía, por que salía los viernes a las cuatro de la tarde del colegio y luego tenía que viajar en el ómnibus (el "micro 3") a City Bell, lo cual tardaba como una hora y llegaba muy tarde para poder partir el viernes de campamento. Definitivamente el sábado era mejor.

El tren salía a las 14 hs, por lo que los Leopardos debían estar a esa hora en la estación del tren de City Bell. Cada uno debía llevar su equipo y dentro de una bolsa marinera llevaríamos todo el equipo de cocina.

El papá de Coque y Lao nos acercaría la carpa en su rural Auto Unión DKW hasta la estación del tren.

Ese domingo fue intenso, realmente preparamos el campamento. Volvimos a casa con la noticia pero considerando con preocupación que deberíamos conseguir el preciado "permiso de los Padres".

Mis viejos no tuvieron problema en darme el permiso, andaba muy bien en el Colegio, no tenía faltas, estaba en el cuadro de honor, no podían decirme que no. Con Hugo nos habíamos coordinado para reunir a la patrulla el miércoles por la tarde en su casa. Yo tenía permiso de llegar más tarde por ir al colegio a La Plata.

Llego el miércoles. En la reunión nos enteramos que uno de los Castores estaba "encanado" porque en el cole andaba mal y no había nada que se pudiera hacer para que venga.

Los Leopardos también tenían un miembro flojo en el cole y los viejos no le habían permitido ir. Pero había otro integrante que los viernes no podía faltar a una clase y la única posibilidad de ir al campamento era que "por esa vez se pasará a los Castores".

Cambiar de patrulla era algo impensable, era "traicionar a los amigos", "pasar de Gimnasia a Estudiantes", o de "Boca a River".

Esa mística de Patrulla era algo que no se promovía en el grupo, pero "era así", se vivía compitiendo. Cada uno tenía sus códigos y sus secretos. Que venga de otra patrulla "por un campamento" era algo no previsto y menos si no sabíamos quién era.

Durante la semana preparé lo que iba a llevar en mi bolso. Me prepare un pequeño equipo de pesca (de mojarritas), el equipo de aseo, la "bolsa de rancho" (nunca supe hasta que hice la colimaba por que le decían así a los cubiertos, plato y jarro).

Me acorde de la charla de Osvaldo donde nos enseño a hacer "Yesca" y fósforos de seguridad. La yesca la hice con tiritas enrolladas de 3 o 4 cm de ancho, de hojas de ruberoid, ese material negro que se colocaba en el entretecho de las obras que hacia mi papá. Esas tiras tenían una pintura asfáltica que al acercarle un fósforo, encendía hasta bajo la lluvia.

Afile mi hacha de mango canadiense. Era un hacha muy especial para mí. Había sido comprada con los vueltos que guarde de los boletos del micro al colegio, algún vuelto de algún mandado, que siempre me "olvidaba" de devolver y algunos pesos que recibí en el árbol de Navidad.

Terminé de armar todo mi equipo personal completo, pero no tenia bolsa de dormir y eso empezó a dar vuelta en mi cabeza. Un amigo de mi papá, Roberto*, al que le gustaba mucho cazar y pescar, un día vino a casa y charlando sobre los scouts, me enseño cómo podía resolver fácilmente el problema. Me explicó que con una manta vieja se podía hacer una bolsa de dormir y que para la colchoneta era más fácil todavía: sólo debía conseguir dos bolsas grandes y limpias de arpillera.

Me fui a la forrajería que había cerca de casa y le dije al que atendía (que me conocía pues le comprábamos comida para los pollos y conejos de casa) si me podía dar dos bolsas buenas y grandes. Tenía un montón apiladas, y eligió dos muy buenas. Corrí a casa y me fui al galpón del fondo y allí empecé a hacer mi colchoneta como me lo había dicho Roberto.

Descosí el fondo de una de las bolsas, y con hilo de barrilete, cosí la boca de la bolsa con el fondo de la bolsa descosida. Quedó una bolsa larguísima. La enrosqué y la puse en mi equipo. ¿Cómo se usaba?: cuando llegara al lugar de campamento, la llenaba con

^{*:} Roberto el amigo de mi papa, su nombre completo era Roberto Themis Speroni, un poeta y periodista muy conocido en Argentina por sus obras literarias que vivía en City Bell. Años más tarde su hijo perteneció a nuestro grupo.

pasto seco y así me quedaba un colchón muy bueno. Me acuerdo que mi mamá cuando la vió, me dijo: ¿Y por qué no la probas ahora? Andá hasta a la esquina y llená la bolsa de pasto (verde) y las probas. Lo hice sin dudar y caí en la hermosa trampa que me había hecho la vieja: después de probarla, todos los conejos de casa se dieron una panzada de pasto recién cortado espectacular. Pícara la vieja, no?

Ahora me faltaba sólo la mochila. Un mecánico llamado Marino, amigo de mi papá, se apareció a la noche siguiente y me trajo un conjunto de correas que armaban una mochila. No era lo mejor, me parecía a los soldados de la Legión Extranjera. Era un engendro, pero ¡TENIA MOCHILA!

Llegó el domingo, fuimos a misa, los castores en el banco de la derecha y los leopardos en el de la izquierda. El cura ese día tuvo un evangelio muuuuuuy largo, cosa que hizo atrasar hasta las 9:00 la reunión de Consejo de Guías que resolvería si se autorizaba el pase temporario de un leopardo.

Como siempre mientras los guías resolvían el dilema, nosotros calentábamos el cuerpo con un picadito en un arco más lejano. Termino el Juego justo cuando los guías se levantaron de la reunión. Osvaldo llamo a formación.

Se hicieron comentarios de lo que había que llevar, cuándo era la entrega de los permisos de salida, y nos dió las "noticias": El campamento era en Boca Cerrada. En la selva marginal.

Nos mirábamos y nadie conocía "la selva marginal" pero la palabra selva ya era suficiente para que nuestra novela mental comenzara a volar.

Luego llego la "Bomba": El consejo de guías había autorizado el cambio temporal de patrulla por sólo éste campamento a la patrulla Castores de... EL GORDO "KOTE"

Todos nos quedamos con la boca abierta... pensando en Boca Cerrada.

Capitulo 5: La Luz Mala

Ese viernes salí temprano del Colegio en La Plata y me tomé el micro bajándome en la estación del tren de City Bell. Comenzaba nuestro primer campamento. Los Leopardos estaban a punto de partir. Los Castores fuimos a despedirlos envidiándolos por ser ellos los primeros en salir. Justo cuando llegué yo, llegaba el tren que los llevaría a la estación de Pereyra.

Las mochilas y los bolsos estaban apilados cerca del andén y en la zona donde siempre quedaba el furgón de carga. Los bultos que más se destacaban eran la bolsa de la carpa y sus parántes de madera, y la bolsa marinera con la batería de cocina. Los veíamos enormes y pesados.

Los Leopardos que viajaron en ese tren eran Coque el guía, Hugo Mainetti, Alberto Grunewald, Edgardo De Isasi, Eduardo Didoménici, Carlitos Navas y no me acuerdo el nombre del otro.

Osvaldo era el único que podía usar uniforme pues ya había formulado su promesa en el grupo de Villa Elisa. Dini Roco, era el jefe de ese grupo y además Comisionado de Distrito; era quien lo había preparado, para estar en el cargo y lucía orgulloso su pañuelo verde de Scouter.

Al parar el tren subieron todas las cosas al vagón furgón como estaba previsto, el guarda nos hizo el aguante y retuvo unos minutos el tren para que pudiéramos cargar la bolsa de la carpa y los palos sin problema. Osvaldo subió el bolso marinero.

Partieron cantando de alegría alguna de las canciones scouts que nos habían enseñado. No supimos más de ellos hasta el día siguiente.

El sábado a las 11 Ricardo Binci reunió a los Castores en la parroquia, con el "gordo Kote" como nuevo integrante. Cuando llegaron todos, Hugo Carrara, Carlitos Tur, Guillermo Caballé, Lao Paunero y yo comenzamos a caminar hacia la estación del tren. Sacamos los pasajes y con nuestras mochilas cargadas con todo lo que debíamos llevar, más los víveres para nosotros y lo que cada mamá nos agregó de mas "por las dudas". Llego la "Chanchita" como le decíamos al tipo de tren local. Subimos al furgón para iniciar nuestro viaje. Trasbordamos en la estación Pereyra, en donde debíamos espera la combinación a Punta Lara. Nuestra aventura había empezado.

No sé cuanto esperamos ese tren, pero estaba en marcha nuestro primer campamento. Para pasar el tiempo de viaje, cantamos algunas canciones scouts, mirábamos el paisaje; los bañados por donde pasaba el tren estaban llenos de pájaros

de distintas clases y colores; nuestra ansiedad nos hacia empujar a ese tren que por lo lento parecía detenido. Por fin llegamos a Punta Lara!



La felicidad de viajar en el furgón del tren

Nos calzamos la mochila al hombro, Hugo con el banderín de patrulla inició la marcha hacia Boca Cerrada cerrando la columna Ricardo. Sólo nos quedaban 6 km para llegar. Un vecino nos orientó como para no equivocar el camino:

- hacen 4 cuadras por esta calle y luego doblan a la izquierda y le pegan hasta que termina el camino".

Hicimos todo lo que nos dijo, pero les aseguro que ninguno pudo calcular bien si eran reales esos 6 km a pie. No estábamos entrenados para caminar con mochila al hombro. Allí aprendimos que las cosas en la mochila deben estar todas acomodadas, que el mango del hacha no debía estar colocado sobre las costillas, que el jarrito se enganchaba en todos lados si lo llevábamos colgando en un costado, que antes de salir debíamos ver si estaba balanceada la carga dentro de la mochila, que las correas debían ser anchas y no cuerdas finitas porque se te clavaban en los hombros a las 5 cuadras de empezar a caminar. Como decía Osvaldo: "aprender haciendo".

Aprendimos rápido, paramos un montón de veces para acomodar la carga. Cuando la teníamos acomodada, a Hugo se le ocurrió la gran idea para llegar más rápido y dijo:

- *Hagamos PASO SCOUT*, la idea era buena, y consistía en hacer 50 pasos caminando y 50 pasos corriendo. Lo hicimos 300 metros.

Allí se calentó el Gordo Kote y se empacó. No queríamos darle la razón y ni desobedecer a Hugo tampoco. Ricardo era muy nuevo y opinó que luego de un descanso siguiéramos la marcha, pero nosotros tampoco queríamos "seguir con el paso scout" y además, nadie nos apuraba.

La teoría del paso scout era buena cuando no usabas mochila ni llevabas bultos adicionales, y esa vez llevábamos de todo.

Comimos en una arboleda al costado del camino unos sándwiches que habíamos llevado. Allí el gordo se calmó, pero tenía razón, si nadie nos corría, era temprano y llegaríamos a la hora prevista. Reiniciamos la marcha y tardamos como una hora y media en llegar. Los Leopardos nos recibieron con aplausos.

Habían armado la carpa, tenían una mesa y una alacena con los trastos de la cocina. La leñera estaba cargada para hacer más tarde un mate cocido para todos.

Hicimos actividad en conjunto, salimos a recorrer los alrededores y nos metimos un poco en la selva marginal. Escuchamos al rato un silbato y sabíamos que debíamos regresar pues los Leopardos debían hacer sus mochilas y emprender el regreso para tomar el tren de yuelta a casa.

Los Castores fuimos al murallón a ver si pescábamos algo. Cuando llegamos vimos que el río estaba bastante crecido y había viento, cosa que no permitía pescar nada. El viento comenzó a ser más fuerte y las olas golpeaban con fuerza contra el murallón, esto nos hizo volver al campamento, pues nos habían dicho unos pescadores que vivían por allí cerca que eso era una sudestada.

El mate cocido estaba listo, los Leopardos ya estaban preparados para volver. Tomamos la merienda juntos, nos despedimos y comenzaron el regreso.

Empezaba "nuestro campamento". Limpiamos el rincón entre todos, sorteamos quién lavaba la olla del mate, quienes juntaban leña y quienes cocinarían la cena.

Lao, el hermano de Coque, era el cocinero y esa noche tendríamos de cena un plato especial: Fideos con tuco, una comida "poco común" en campamento, ja ja ja.

Con el gordo armamos un trípode para colgar la olla. A él le encantaba todo lo que era técnico, y andaba bien, pero había que pedirle que lo "fabricara con cariño" pues el excedente de energía que tenía, la descargaba con el machete en la mano y a 3 metros a la redonda no circulaba nadie.

La noche llegaba lentamente sobre el campamento. Osvaldo nos reunió a los que no cocinábamos junto a la mesa. Lao estaba cerca y también podía oír mientras cocinaba. Comenzó a explicarnos métodos de orientación por las estrellas. La teoría fue interesante, pero cuando cruzamos la calle que nos separaba del murallón vimos que el

cielo era un montón de nubes negras que presagiaban tormenta.

Paso un pescador en bicicleta y nos gritó:

- Muchachos tengan cuidado que se viene la creciente, si tienen agua cerca de la carpa es porque el arroyito que tienen a la derecha se rebalsó y deben irse.

Éramos los guapos del barrio, fuimos "todos" a ver el arroyo y estaba un poco más crecido que cuando habíamos llegado.

Osvaldo nos dijo: - volvamos, pues tenemos que armar las quardias.

- -¿Las guardias? dijimos todos, ¿Cómo las guardias?
- ¡Vamos al rincón! contestó.

Al llegar, tomó su carpeta y empezó a hacer una cuadricula dividiendo la noche en tramos de 2 horas. Cortó unos papelitos y dijo: - vamos a sortear los turnos.

El Gordo Kote se jactaba de valentón. Él no le tenía miedo a nada, decía, por lo que se ofreció a hacer un turno SÓLO. Osvaldo agradeció la oferta pero le explicó que hacer una guardia sólo es peligroso pues si le llegaba a pasar algo al que estaba de guardia, nadie se enteraba. Por eso iba a tener un compañero de guardia.

Sortearon las parejas y luego los turnos. Las guardias comenzaban a las 23 y la última debía preparar el mate cocido del desayuno. El sorteo fue así: Kote con Lao, de 1 a 3, Hugo y yo de 3 a 5, Guillermo Caballé y Carlos Tur de 5 a 7. La primera de 23 a 01 no me acuerdo si la hicimos.

Lao llamó a cenar, estaba cansado, la caminata de llegada, más cortar leña y cocinar para todos lo habían extenuado. Pero lo que no le gustó era el resultado del sorteo: NO LO TRAGABA AL GORDO y tenía que bancarlo todavía 2 horas.

Osvaldo notó eso y sin que Lao lo viera, lo llamó a Kote aparte y le dijo: - José Luis, Lao está muy cansado, por lo que si en la guardia no te ayuda mucho perdonalo y no te calientes. ¿Me das una mano en ésto?.

Que más le gustaba al gordo que lo crean necesario, por lo que contesto: - ya te dije que la guardia la hago sólo. Osvaldo le dijo: - Sólo no, dejalo junto al fuego y cada tanto se dan una vuelta por el arroyo a ver si crece el agua. Pero ¡OJO! VAN JUNTOS!. El gordo entendió el mensaje.

Cenamos. Los fideos estaban buenísimos. Le llovieron felicitaciones al cocinero quien sólo pidió como premio que alguien lave las ollas. El jefe ya lo tenía previsto y dijo: - los que están en el primer turno lavan todo pues ellos después se van a dormir y hasta mañana no los despierta nadie.

Al terminar la cena, nos levantamos y fuimos todos hasta el murallón para ver el río. No pudimos acercarnos pues las olas golpeaban muy fuerte el paredón de piedras. El viento levantaba el agua por encima y mojaba toda la calle.

Una camioneta de la policía paso en ese momento, al vernos se detuvieron y

llamaron al responsable. Osvaldo le explicó que éramos un grupo scout y lo que estábamos haciendo allí. Tomaron nota, dijeron que si se enteraban de que la creciente continuaba, nos vendrían a buscar.

Algunos empezaron a arrugar; era el primer campamento; el Gordo se reía, Hugo tomaba los recaudos con los vientos de la carpa. Todos cavamos la zanja de desagüe en derredor de la carpa dormitorio. Con un toque de silbato fuimos llamados a la cocina.

Lao había preparado un postre sobre la mesa: Arroz con leche. Fui el único que no comió, ji NO ME GUSTA EL ARROZ CON LECHE!!!

Eran como las 10 de la noche, la luna no había salido, el viento soplaba con intensidad, los árboles se bamboleaban al compás del viento, y el Jefe nos invitó a sentarnos en torno del fuego.

Todos formamos un círculo perfecto en torno del fogón. Habíamos desplazado el trípode a un costado y alguien alimentaba el fuego. En forma pausada Osvaldo comenzó a narrar la historia del lugar y el por qué se llama Boca Cerrada. Todos estábamos en silencio, y la historia comenzó a ser contada en forma minuciosa y pausada, con una "coincidencia" enorme entre lo narrado y el entorno que nos rodeaba y asustaba. Pasajes oscuros, tenebrosos y hasta la historia de un decapitado que en noches de tormenta deambulaba por la selva buscando sangre y venganza en las cercanías del fogón. El círculo de personas era cada vez más compacto.

El conjunto de Castores apretábamos a Osvaldo por ambos lados. Todos aseguraron que no tenían miedo, pero había algunas caras que deseaban volverse a casa.

Finalizado el relato, se nos indicó que algunos deberíamos ir a dormir para descansar dado que teníamos que hacer guardia en un rato. A los que debían hacer guardia que mantuvieran el fuego encendido y que limpiaran las ollas de acuerdo a lo estipulado.

Entramos a la carpa, la humedad del suelo hacía que se sintiera más el frio, nos acostamos en silencio, cansados y por demás de temerosos recordando al degollado de la historia y escuchando el ruido de las olas golpeando el murallón.

El lugar elegido para el rincón tenía un árbol bastante inclinado y debajo de él un enorme tronco ofrecía un reparo al viento que soplaba. La guardia armó allí su puesto de observación. Los primeros lavaron las ollas y demás trastos como estaba estipulado. Se sentaron junto al fuego, que alimentaban con la leña de la cocina. No se dieron cuenta y se consumió en un rato pues era una madera muy blanda. No juntaron más y el fuego se fue muriendo. Más tarde reconocieron que no habían ido a buscar pues tenían miedo de internarse en la oscuridad.

La segunda guardia se levantó y como era sabido Lao estaba más cansado que antes y Kote tosiendo y estornudando pues le había comenzado un ataque de asma. Eso no

fue un impedimento para que tomara su machete y saliera a buscar leña. Su manera de ocultar el miedo era singular, cantaba y bajaba ramas secas a machetazos. Era tremendamente fuerte, y cuando metía la pata o se mandaba alguna de sus fechorías emitía una risita como la del gordo de los tres chiflados.

Trajo ramas secas con hojas que de día no las habíamos visto y le dijo a Lao: - Ponelas en el fuego así me ilumina con las llamas y puedo traer más. Así lo hizo, y una fogata muy alta se armo enseguida y el gordo se internó en la selva. El viento se había calmado. Las hojas secas se fueron consumiendo; lentamente dejaban de iluminar y allí fue cuando se vio venir al gordo con un susto en su cara y agitado decía en voz alta:

- ¡HAY UNA LUZ DENTRO DEL MONTE! ¡HAY UNA LUZ DENTRO DEL MONTE!

Llegó a la puerta de la carpa y a los gritos nos despertó a todos. Primero pensamos que era una broma de las que acostumbraba a hacer, pero cuando salimos de la carpa vimos en su cara que no era una broma. Señalaba para el lado del monte donde había ingresado y que sabíamos que era imposible que hubiera una luz. Durante el día habíamos estado por ese lugar y allí no había posibilidad de que hubiera luz eléctrica.

Encendimos más fuego y la luz no la veíamos. Volvimos a acostarnos y con sonrisas comentábamos el incidente. Osvaldo fue el último en entrar. Pasaron algunos minutos y nuevamente los dos que estaban de guardia comenzaron a gritar.

El fuego había bajado su intensidad y en el monte se veía a la altura de una persona normal una fosforescencia del tamaño de una cabeza humana. Un escalofrío nos corrió por la espalda que nos llevó a agruparnos nuevamente como cuando escuchábamos la historia que contó Osvaldo.

No sabíamos qué era. Todos salimos de la carpa. Algunos trajeron sus linternas y se pusieron al frente de la patrulla. Hugo estaba entre ellos. Caminamos lentamente en la dirección donde se veía la luz. Calculo que serían unos sesenta metros. Las linternas no iluminaban tan lejos. La luz se veía con nitidez. El susto de todos nos frenaba los pies.

Cuando estábamos a tiro de linterna iluminábamos hacia donde estaba la luz y desaparecía de golpe. Era lo que faltaba, el susto aumentaba pero no nos separaba nadie por ese motivo. Alguno balbuceó medio en serio medio en broma: - *¡es la cabeza del degollado!*.

Hasta que Osvaldo dio la orden: - *¡Apaguen las linternas!*. Obedecimos a regañadientes, estábamos aferrados a ellas y el miedo nos hacia transpirar las manos. Allí frente nuestro apareció la luz brillante que habíamos visto desde el campamento.

Nos acercamos lentamente. Encendimos nuevamente las linternas y allí apareció. Un majestuoso álamo con parte de su corteza podrida que era lo que generaba esa fosforescencia. No lo podíamos creer.

El coraje nos volvió al cuerpo. No entendíamos nada. Cortamos parte de esa corteza

y la llevamos al rincón de patrulla. Allí Osvaldo nos sentó nuevamente y nos contó que había leído que ese tipo de arboles u esqueletos de animales muertos en el campo, cuando se descomponen, generan este tipo de fosforescencias y que los gauchos en el campo la llamaban: LA LUZ MALA.

Volvimos a la carpa, nuestros temores se fueron transformando en sonrisas, nuestra primera noche de campamento se hizo más corta, el río no creció, habíamos aprendido algo nuevo que lo recordaríamos toda nuestra vida.

Al día siguiente cerca del mediodía comenzamos a desarmar el campamento, a dejar el lugar mejor de lo que lo habíamos encontrado. Almorzamos e iniciamos la marcha del regreso. La enorme carpa fue un suplicio a lo largo de todo el camino. Subimos al tren, sentados sobre nuestras mochilas en el furgón y allí Osvaldo hace una pregunta: - ¿Qué se llevan a casa de este campamento?

Todos buscamos en nuestros bolsillos un pedacito de la luz mala para mostrarla en nuestras casas.

Lo que no mostramos fue lo mucho que habíamos aprendido en aquel primer campamento y que era algo diferente para cada uno de nosotros, lo cual quedó grabado para siempre en nuestros corazones.

Capitulo 6: El Nido De Hornero

Ese fin de semana nos había llegado la información de que nuestro grupo scout ya había sido reconocido oficialmente por la U.S.C.A. (Unión Scouts Católicos Argentinos) bajo el número 116 con el nombre de nuestra parroquia: Inmaculado Corazón de María.

Los dirigentes reconocidos eran Osvaldo, Jefe de Grupo y Jefe de Rama Scouts y Julia Strevinsky Jefa de la Rama Lobatos.

La Manada estaba formada por chicos del barrio con edades entre los 7 y 11 años, la mayoría eran hermanos de los de la Tropa Scout, casi todos hijos de familias que participaban de las actividades parroquiales.

La Manada desarrollaba las actividades los sábados por la tarde y los domingos por la mañana la Tropa Scout. Como nos reuníamos en distintos días, los scouts veíamos muy poco a los lobatos, salvo en la misa del domingo o por los chicos que hacían el llamado "inter rama" que era participar de las actividades de la tropa esporádicamente, para ir acostumbrándose a las patrullas y a los nuevos amigo, dado que iba a pasar en algún momento a la Tropa por tener el lobato más de 10 años.

Así fue que conocimos a Carlitos Gómez, un chico que vivía a la vuelta de la parroquia, casi enfrente de la casa de Osvaldo. Grandote de físico para su edad, buenísimo como toda su familia. El papá trabajaba en el ferrocarril como guarda. Su mamá cosía para afuera; su hermana, era mayor que él, estudiaba para maestra y era muy bonita.

No hacía mucho tiempo que estaba en la manada, a donde había sido llevado por un compañero de la escuela. Cuando empezó su inter rama, lo primero que le dimos fue un papel con los puntos de la Ley scout, los principios y las virtudes. No sé si lo leyó, leer algo era un suplicio para él. No le gustaba mucho.

Le dimos una oportunidad de estar un día con una patrulla y otro día con la otra, para ir viendo en cuál estaba más cómodo. Pero no elegía, y eso nos ponía un poco nervioso, porque queríamos conocer lo más pronto posible para que patrulla iba a ir.

Era un gordo pícaro, le gustaba jugar al arco cuando nos quedábamos después de reunión jugando un "picadito" al fútbol.

Un par de domingos no apareció por el grupo. La razón: los padres lo habían castigado por sus malas notas en el colegio. No le gustaba estudiar mucho y se había juntado con una barra del cole que no era muy recomendable. Osvaldo se lo comenta a

su padre pues podían pensar que cuando salía de casa se iba al grupo y eso no era lo que sucedía. El sábado siguiente, tirón de orejas de los padres mediante, retornó a la manada. Allí era el grandote, y le gustaba demostrarlo con los más chicos. La Akela Julia, varias veces le llamó la atención por esas cuestiones y le pidió a Osvaldo que a partir de la semana siguiente pasara a la Tropa Scout definitivamente.

Esa semana, fue una semana de mucha lluvia, prácticamente llovió todos los días. El viernes comenzó a salir el sol y Carlitos se puso las botas de goma y salió de su casa. Con la barra del cole se fueron del otro lado de las vías, a los campos del Club Hípico, a pescar ranas.

Bolsa de arpillera al hombro, cañas tacuaras con un hilo con un pequeño pedacito de carne atado en la punta, iniciaron una aventura que en realidad era del agrado de todos.

Llegaron al Club Hípico, algunos en su bicicleta, otros caminando, buscando esas ranas que había en el zanjón al pie del terraplén del ferrocarril. Esa aventura tan simple, que la habíamos hecho un montón de veces, tuvo un final distinto. No se supo nunca realmente como fue, las versiones eran varias.

Ese día, Carlitos vio un viejo nido de hornero abandonado, en lo alto del ombú que estaba cerca de las canchas de salto del Club, la tentación fue grande y comenzó a subir a buscarlo.

Nadie sabía que quiso hacer, algunos dijeron que se subió para descansar, otro a buscar ese nido como recuerdo, otros y otros y otros dijeron montones de cosas. Lo cierto es que Carlitos con sus botas de goma húmedas y embarradas de pescar ranas; subiendo al ombú, había resbalado desde lo alto y cayó pesadamente con su estomago sobre las gruesas raíces. Sus amigos corrieron a ayudarlo.

Carlos estaba inconsciente. Uno salió corriendo y fue al buffet del club dando aviso y el encargado pidió ayuda médica y una ambulancia. Lo trasladaron al Hospital de Gonnet.

La noticia corrió por el barrio, Carlitos estaba grave. Se pidió sangre. En el grupo éramos menores de edad y no podíamos donar. Se pidió en la misa, alguien fue a pedir al cuartel, todos se movilizaban. No recuerdo bien pero Osvaldo y Ricardo, creo que se ofrecieron para dar sangre.

La casa de Carlitos se convirtió en el punto de reunión y de comentarios. Todos querían saber, ¿cómo fue? ¿dónde está? ¿qué tiene?

El padre comentó algo, pero todavía no había noticias concretas de qué le pasaba a Carlitos. Su mamá estaba destruida llorando en un sillón del living de su casa. Nosotros nunca habíamos vivido nada de eso y menos con un chico y amigo.

Entrada la noche llegó el diagnóstico oficial, Carlos tenía estallido de hígado y

páncreas y su estado era sumamente delicado. Lo estaban operando.

La manada al día siguiente no se reunió. La tropa nos juntamos ese sábado antes de la misa vespertina para rezar un rosario por Carlos. Estando allí llego la noticia. Carlitos había fallecido.

Nos miramos todos y nadie entendía nada, nadie conocía lo que era la muerte. Para nosotros solo morían las personas grandes, nunca un chico, nunca un amigo. Jamás habíamos estado en una situación tan rara. No sabíamos qué hacer.

Nos fuimos a nuestras casas, en silencio, sin saber cómo seguiría esta historia.

En casa, cuando cada uno contó a su familia lo ocurrido, recibió seguramente un consejo o una opinión sobre lo sucedido y por sobre todo un montón de palabras que no existían en nuestro vocabulario como eran: velorio, sepelio, cementerio.

Mi mamá me dijo: - Lito, es muy difícil aconsejar sobre estas cosas. ¿Qué te puedo decir? ¿Qué debes hacer?, tal vez yo no pueda aconsejarte por que el que murió es un chico y si vas y su mamá los ve, lo volverá a recordar en cada uno de ustedes. Es muy doloroso, y creo que todo eso no te va a gustar. Pero alguna vez seguramente tendrás que pasar por una situación similar.

A Carlos lo velaban en su casa, en esa época las familias modestas lo hacían de esa forma, pues un servicio fúnebre era muy caro y no había en City Bell.

Fui a lo de Hugo y me dijo que él no iba a ir, que todavía no estaba preparado. De la misma forma muchos de la tropa se disculpaban y no iban ó sus padres no le permitían asistir.

Me encontré con Osvaldo cuando volvía de la casa de su novia y me dijo que si yo tenía intenciones de ir, él me acompañaba. Ingresé a su lado a la casa de Carlos. Creo que allí comprendí todas las explicaciones que me había dado mi mamá, y encontré la razón del porqué, desde esa vez, no entro nunca más a ningún velorio.

El olor a flores e incienso que se acostumbraba a usar en esa época me descompuso o aceleró el proceso nervioso que tenía por dentro. El llanto desgarrador de la mamá de Carlos permaneció por mucho tiempo en mis oídos.

Un amigo se había ido, y por él recogí un montón de sensaciones que marcaron el resto de mi vida. Cada vez que veo un nido de hornero abandonado, me trae a mi memoria esta historia.

Chau Carlitos, nos vemos en el campamento eterno.

Capitulo 7: El Grupo 116

Ya había transcurrido casi un año, desde el encuentro entre Osvaldo y el Padre Arnoldo. El Padre Arnoldo era el capellán del Grupo Scout San Francisco de Asís, de Villa Elisa y su Tótem o nombre scout era "Hornero Tenaz".

Fue en el tren que iba de La Plata a Villa Elisa y que utilizaba Osvaldo para ir a la facultad, donde el fraile que viajaba seguido a La Plata lo convenció para que fundara un Grupo Scout.

Él lo conocía bien, pues Osvaldo era miembro de la Juventud de Acción Católica de City Bell y podría ser un buen dirigente scout. El cura tenía predilección por los scouts, y tal era su entusiasmo que en unos cuantos viajes lo convenció para que pruebe "esto de ser scout".

Lo contactó con Dini Rocco que era el Director del Distrito Nº 7 de la Unión Scouts Católicos Argentnos de aquella época y Jefe del Grupo de Villa Elisa. Lo hizo participar de algunas actividades, le dieron los cursos de Adiestramiento, que necesitaba para abrir un grupo, y de esa manera se formó para estar al frente del nuevo Grupo Scout.

Finalizados los cursos, Osvaldo formuló su Promesa Scout en Villa Elisa y más tarde comenzó a reclutar muchachos en nuestra parroquia formando esa banda, que intentaba ser un Grupo Scout.

Rápidamente se gestionó administrativamente la afiliación. Al poco tiempo teníamos número de grupo, la U.S.C.A. nos había otorgado "el 116" como pasó a llamarse a lo largo de los años que siguieron.

Fuimos incorporando cosas que hacían crecer cada día más al grupo. Tuvimos un lugar: "el campito y la cancha detrás de la iglesia"; un efímero "Himno de Grupo", pues el papá de Alberto Grunewald, de origen alemán, con conocimiento de música (tocaba el piano), un día nos llamo a su casa que estaba frente a la Plaza San Martín, para enseñarnos a cantar nuestro "himno". No era feo, pero demasiado rígido para nuestro gusto, muy de desfile, y lo gracioso era escucharlo cantar al autor, con su idioma castellano con tonada de su lengua natal. Creo que lo cantamos una o dos veces cuando volvíamos de algún campamento y estábamos aburridos.

Otra de las cosas que fue incorporando Osvaldo, fue el grito de Grupo, que es bastante parecido al que se usa en la actualidad. Ese sí que se grabó en la mente de todos, porque era algo que nos representaba, y era nuestro, y cuando nos juntábamos con otros grupos era nuestro grito de guerra. El Jefe, con un brazo en alto, todos en

derredor, abrazados, esperando el inicio con el grito. "¡¡uno, uno, seis!!" Al que todos contestábamos: "¡Ciento dieciséis!", luego decíamos los nombres de los santos patrones: "¡Por San Francisco!" y contestábamos con un "¡Raaa!!", "por San Jorge!!!" y decíamos "¡Raaaa!!", "por San Pablo!" y otro "¡Raa!" y después quien lo dirigía decía: "por City Bell" y todo el mundo debía quedar en silencio. (Casi nunca ocurría esto pues había siempre un distraído o un gracioso que gritaba el Raa!) Luego, se escuchaba: "Scouts" y contestábamos todos juntos: "a Servir, a Luchar, y a Triunfar!!!".

Nos faltaba mucho, pero estas cosas fueron formando el espíritu de cuerpo del Grupo. Pero... siempre hay un pero. Faltaba algo.

Yo ya era el Sub guía de los Castores, por lo que ya podía participar del Consejo de Guías y Sub guías. Una tarde de sábado, nos citan para una reunión en la parroquia, para hacer un Consejo.

Estábamos, Hugo y yo por los Castores y Coque por los Leopardos. No recuerdo por qué causa Alberto Grunewald no había ido. El tema a tratar: UNIFORMES.

Nunca se había hablado de este tema. Nosotros, siempre pensábamos en eso, pero era algo inalcanzable por el momento, sabíamos cómo era pero no sabíamos cuándo podríamos usarlo. Había llegado la hora. Osvaldo nos explicó que había para agosto unas fiestas en la parroquia y quería aprovechar ese momento para comenzar a usar nuestro uniforme scout, mostrarnos en la parroquia y lo más importante formular nuestra Promesa Scout.

Nos explicó más o menos cómo era toda la ceremonia, como iba a hacerse, y para lo último había dejado el tema de ¿Quién o quiénes la harían?

Comenzó a explicar cuál era su visión de la Tropa, quienes habían estado desde el principio, quienes para él estaban en condiciones, pero que nosotros debíamos elegir.

Nos miramos entre los tres y nos quedamos mudos. Pero por dentro no nos animábamos a decirio QUEREMOS SER NOSOTROS!

Osvaldo se dio cuenta que nos había puesto en una encrucijada y quería ver cómo contestábamos. Entonces fue que nos aclaró algo y nos dijo: - Yo no puedo elegir a nadie, porque esto es así, la Promesa es un acto y una decisión personal, y que cada uno de ustedes debe decidir si está con deseos de formularla, y siguió diciendo: - yo sólo puedo decir que ustedes, los tres, son los que a mi modo de ver han progresado más que el resto, y es como debe ser, pues son los guías y sub guías y deben dar el ejemplo, por lo que deberían ser los primeros que formulen la promesa. Alberto creo que puede hacerla más adelante. Eso nos abrió un poco las gargantas y allí Hugo dijo, - a mí me gustaría tomar mi promesa!. Coque en ese momento no contestó y dijo que lo iba a pensar. Yo contesté: - ¿me lo dejan consultar en casa?. Osvaldo manifestó que le parecía bien y que nos daba una semana para contestar, porque él debía conversar con el padre Blas

para organizar la ceremonia.

Nos fuimos a casa con un montón de ideas en la cabeza. Hugo estaba seguro y ya lo había dicho. Coque y yo queríamos hacerla pero en la cabeza teníamos otro problema a resolver además de si queríamos o no hacer la promesa: el tema era el UNIFORME.

Todo un tema por resolver.

Capitulo 8: El Bordón

El bordón era el bastón que usaban los scouts en todo el mundo. Los guías de patrulla llevaban además el banderín distintivo de cada patrulla.

Para conseguir una caña maciza me costó un montón de trabajo, pues naturalmente en la zona no existían. Las traían de la zona de Bariloche las personas que armaban sillones y mesas de caña para los jardines de invierno de las casas. También las usaban los pescadores pues eran muy difíciles de romper. Estos elegían cañas relativamente las finas pues así "sentían el pique de los peces". Las que buscábamos los scouts eran más gruesas con un diámetro mínimo de unos 4 cm como mínimo.

El día que la consiguió el padre de uno de los chicos, compramos varias cañas para varios en el grupo. Tratamos de conseguir las mas derechas, algunas tenían pequeñas curvas naturales, que el mismo que fabricaba los sillones nos enseño a corregir calentando la caña e ir acomodando las curvas con pequeños golpes de martillo.

Una vez enderezada, recuerdo que a mi bordón lo enderecé calentándolo en la hornalla de la cocina de casa; le tosté los nudos a la caña, y le hice muescas cada 5 centímetros, que me servían de metro para medir la profundidad de algún zanjón que se cruzara en mi camino o para tener un metro a mano para medir cualquier cosa. A estas muescas las fui quemando con un alambre de fardo al rojo, así eran más fáciles de visualizar. Luego lo barnice y quedó una maravilla de bonito.

Pero cuando entró mi mama a la cocina tuvo que aguantar el olor a caña quemada durante unas cuantas horas y el reto que me dio por haber barnizado hasta el piso no me lo olvido más. Lana de acero en mano tuve que limpiar todo.

El Gordo Kote era incorregible; él era el científico; el "Señor del Laboratorio"; el que se las sabía todas; le gustaba la electrónica y para él, eso del bordón era algo que debía resolver la ciencia. Por eso nunca tuvo uno.

El inventaba cosas (que nunca funcionaron) pero seguía insistiendo, y en eso hay que felicitarlo. Todos nos reíamos de sus "inventos" pero eso era un rasgo que con el paso del tiempo permitió su subsistencia en el mundo de los adultos. Y a que viene todo esto?

Todos en la patrulla Castores ya tenían sus Bordón. Ahora había que saber usarlo. Para ello se propuso una salida de marcha, hasta el molino que estaba sobre el arroyo "Carnaval", que pasaba junto al Cuartel de City Bell.

Se decidió hacer la caminata el próximo sábado, pues la semana siguiente eran los

trimestrales y teníamos todo el domingo para estudiar.

Nos juntamos en la parroquia a las 8:00 de la mañana. Hacía calor, Ilenamos las cantimploras con agua fresca de la canilla de la parroquia. Salimos cuando estábamos todos. Cada uno con su bordón. Recuerdo que allí vino uno nuevo a la patrulla que creo que se llamaba Eduardo Di Domenici, quien debutó con una interesante caminata.

Cada madre nos armó unos sándwiches de lo que hubiera. Unas naranjas completaron el menú por si teníamos más sed.

Salimos; sin saber la mayoría cuál era el camino a seguir, nunca habíamos ido; tomamos por la calle Jorge Bell hasta el cuartel, allí giramos a la izquierda y llegamos al antiguo camino Centenario. Cruzamos por el paso de la barrera del tren y doblamos a la derecha caminando por el camino llamado Touring Club, hasta encontrar el puente del arroyo. Allí hicimos un breve descanso.

Llegamos las dos patrullas bien. Los nuevos se iban conociendo. Osvaldo nos indicó el camino a seguir, nos incorporamos y comenzamos a caminar paralelo al arroyo.

Había algunas casas junto al arroyo, destacándose una bastante grande que era un criadero de patos, que proveían carne a los restaurantes de La Plata, y los huevos a las confiterías más importantes de Buenos Aires.

Cuando pasamos el tambo de Don Rogelio (así se llamaba el lechero del pueblo) cruzamos los últimos alambrados que nos cortaban el paso. Allí usamos los bordones para mantener los alambrados abiertos para que todos puedan pasar con sus bolsos.

Luego de unas dos horas de marcha, llegamos a un puente muy viejo de madera que quién sabe quién lo había armado para cruzar el arroyo. Quedaban restos de la estructura, pero se podía pasar sin problemas.

Comenzaron a cansarse los nuevos. Osvaldo notó eso y viendo que ya eran como las 11, dijo: - *Paremos a descansar 10 minutos*. Bajo un pequeño monte cercano, corrimos unas vacas y la sombra fue nuestra por un rato.

Continuamos la caminata y pronto se vio a lo lejos el molino de agua junto al arroyo. Eso levanto el ánimo a todos. Y allí Carlitos Tur empezó a cantar una canción scout. Todos nos copamos y le seguimos el canto.

Había muchos cardos en ese tramo que detuvieron un poco la marcha, pero ninguno aflojo utilizando los bordones para abrir paso. Todos queríamos llegar al molino.

Fueron unos 15 o 20 minutos más para llegar. Allí comenzó en silencio la marcha a acelerarse, las patrullas querían cada una llegar primero al lugar. Pero todavía faltaba el último obstáculo: pasar un canal aliviador que apareció ante nuestra vista que nos impedía llegar al punto del molino.

Todos junto al canal, mirando como cruzar. A unos 50 metros estaba la unión del arroyo y el canal aliviador. El arroyo estaba muy seco, solo un hilo de agua corría por el

centro. Pero casi todo el ancho era un barrial pegajoso y de color blanco.

Pero vimos la solución del cruce a unos metros más adelante. Había un gran bebedero para las vacas y llegaba un enorme caño que venía del molino buscado. Los dueños del campo habían hecho como una tarima a la altura del borde del bebedero y esa tarima estaba enterrada cruzando el canal. Perfectamente soportaba la carga de varias personas, que lo podían cruzar. Osvaldo dijo que él cruzaría primero y de acuerdo a lo que veía sobre la estructura entablonada íbamos a pasar nosotros.

Cruzó sin problemas y luego cruzamos las patrullas. Primer escollo superado. Llegamos al molino, cerca había un monte muy lindo, allí fuimos y nos acomodamos por patrulla.

Gracias a que llenamos las cantimploras en la parroquia, teníamos agua, pues cuando Osvaldo y Hugo inspeccionaron el molino vieron que estaba roto. Otro escollo a supera. Ahorrar agua entre todos.

El lugar era muy lindo, hicimos algunos juegos y almorzamos. Nos sentamos en rueda y comenzó una charla Osvaldo, preguntando que nos parecía esta salida. A todos nos había gustado, no fue muy sacrificada y hubo instancias que debíamos usar lo aprendido los días domingo en actividades.

Como a las 15.00 decidimos pegar la vuelta. Más livianos pues habíamos comido nuestras viandas, teníamos agua. Y cruzamos por la cañería de nuevo. Cuando todos habíamos pasado, Osvaldo nos detiene y mirando hacia el monte que habíamos dejado, nos dice: - La próxima salida será venir de nuevo hasta aquí, y luego de almorzar continuar hasta la desembocadura del arroyo en el Río de la Plata en Punta Lara.

Las caras de muchos no le creían. Mucho después, la hicimos, llegando a la iglesia de Punta Lara que está junto a la desembocadura del arroyo. Pero esa es otra historia.

Capitulo 9: El Uniforme

En la mayoría de las familias del grupo, la plata no sobraba y el uniforme salía bastante caro. En mi casa sucedía algo parecido, sólo que yo era el único que estaba en el grupo.

Llegué a casa y había visitas. La madrina de mi hermana y el esposo. Un matrimonio sin hijos, muy amigos de mis padres pues él era friulano como mi papá y se conocían por otro lado, pues el señor trabajaba en un aserradero muy grande de La Plata, donde mi papá compraba la madera para las obras. Tenían una situación económica muy desahogada.

Estaban tomando el té cuando yo llegué. Saludé a todos. Fui a lavarme las manos y sentarme a la mesa para merendar junto a ellos.

Mi hermana entre sus actividades extra escolares hacia danzas españolas con la novia de Osvaldo que era su profesora y se llamaba "Beba" Tassi y estudiaba piano con la Sra. Túxen, miembro de la colectividad inglesa de City Bell, que era la profesora. En esta actividad anualmente hacían un concierto de piano en un teatro con todas las alumnas y alumnos que aprendían piano. El tema de la mesa era ese. Faltaban como tres semanas para el concierto y la madrina en un momento de la reunión le dice a mí hermana: - Bueno, yo para el concierto te regalo un vestido nuevo para que lo estrenes en ese momento!.

Entre dientes decía para mí: "¡qué suerte que tiene ésta, tiene una madrina bárbara!¡Porque no me eligieron de padrino al esposo!".

Mi mamá empezó a decir:

- Pero no! ¿Cómo te vas a poner en gasto? Si tiene linda ropita, etc., etc., y la madrina dijo: - ¡ya está resuelto! ¡Para eso es mi ahijada!

No se habló más, siguieron charlando de otros temas, de sus vidas, sus trabajos. Yo, con mi cabeza dando vueltas esperando que se vayan para asaltar a mi mamá con el tema del uniforme. Terminaron el té, y se trasladaron todos al living comedor de mi casa, allí había unos lindo sillones junto a una estufa, donde continuaron con su charla.

Antonio se llamaba el esposo de la madrina, era un tipo muy bueno, petiso cara redonda, pelado casi completo, nariz ñata que parecía un boxeador. Ella se llamaba Ema y era mucho más alta que Antonio y más corpulenta. Parecía que lo manejaba.

Como la que hablaba siempre era ella, en ese momento Antonio que estaba fuera de la conversación se da vuelta y me dice: -¿y vos qué haces además de ir a la escuela?.

A modo de respuesta le conté que iba mañana y tarde al colegio a La Plata, que cuando llegaba, me ponía a estudiar todas las materias que tenía para el día siguiente y que no me quedaban ganas de hacer más nada. Y allí sin saber porqué, le digo: - Y los domingos por la mañana voy a los scouts, después de misa.

Antonio no sabía muy bien que era eso y me siguió preguntando, allí le conté un poco todo lo que hacíamos y que estaba por tomar mi promesa, le expliqué qué era la promesa, y agregué que ahora estaba juntando plata para comprar el uniforme. Mi mamá me miró como diciendo: "¿qué es eso que estás diciendo?" Y allí me dijo:

- Después me decis qué es eso por favor. Se fueron un rato más tarde.

Mi vieja se fue para el comedor diario y empezó a acomodar todo lo que había sobrado del té de la tarde. Mi papá, estaba escuchando un partido de fútbol. Cuando terminó de acomodar las cosas, fue cuando me dijo: - ¿qué es eso del uniforme?. Allí empecé a contar lo que había dicho Osvaldo, lo que dijo Hugo. Lo que pensamos con Coque lo pase por alto.

Mi mamá, me dice: ¿y eso dónde se compra? ¿Hay alguna casa que lo venda? ¿En qué consiste el uniforme?

Fueron tres preguntas al hilo y mi cara quedo pensativa, le habíamos escuchado todo a Osvaldo pero a ninguno se le ocurrió preguntarle dónde se vendía, o si se lo podía fabricar uno. Nada.

Mi respuesta fue: - Voy a preguntarle a Osvaldo. No nos dijo nada de ese tema, sólo nos dijo que era una camisa color caqui, con dos bolsillos a "la cazadora" (con un fuelle) adelante, pantalón corto color azul con dos bolsillos en la parte de atrás, medias grises con "boca caña color verde", (la boca caña era una faja elástica que se ponía sobre la media y debajo de la rodilla). El pañuelo lo podía hacer cada madre y era un cuadrado de color celeste por el manto de la virgen, y una cinta naranja de un centímetro en todo el borde del pañuelo. En la cabeza tenemos que usar una boina negra y tenía una insignia metálica calada con la flor de lis. El pantalón se sostenía con un cinturón con hebilla metálica muy bonito.

Mi mamá me dijo: - *Mañana le preguntás, hoy ya es tarde*. Me dejó pensando. No me había dicho que NO, eso era importante.

El domingo estaba casi toda la patrulla en misa, había faltado Carlos Tur, que vivía a la vuelta de la Parroquia, no sabíamos el porqué de su ausencia. Cuando terminó la misa, y antes de ir a la reunión, nos fuimos hasta su casa, tocamos el timbre y salió su mamá. Al vernos se puso contenta, y nos dice: -¿Buscan a Carlos? Esta en cama con una gripe muy fuerte y por eso no fue al grupo, ¿quieren pasar a verlo?. Todos dijimos que sí. Pasamos a la pieza, y estaba con una cara de afiebrado que no necesitabas preguntarle nada para saber su estado. Se puso contento y todos le dijimos que se cuidara y que

estuviera el próximo domingo en el grupo porque íbamos a tener una competencia sobre nudos y él era uno de los que mejor andaba con ese tema. Como se hacía tarde, nos despedimos y volvimos a la parroquia.

Llegamos a la carrera, y al vernos Osvaldo toma su silbato marinero que tenía colgado al cuello con un cordón tricolor amarillo, verde y rojo, que simbolizaban las tres ramas del grupo. El amarillo los lobatos, el verde los scouts y el rojo los Rovers. Ese cordón lo usaban aquellos que eran Jefes o subjefes de grupo. Sonó muy fuerte y un sonido largo solamente. Eso significaba "Atención", todos debían detenerse en el lugar que se encontraban y mirar hacia el lado donde estaba la persona que llamaba con el silbato.

Osvaldo; ya había colocado la cuerda que usábamos como driza del mástil, había atado nuestra bandera de grupo color verde con la flor de lis de los scouts bordada de un lado y el nombre del grupo de la otra cara, y estaba parado con el silbato en la boca, y sus dos brazos extendidos hacia abajo paralelos a su cuerpo. Hizo sonar tres veces el silbato con toques cortos y esa era la señal que todos conocíamos para correr y formarnos en forma de herradura y por patrulla. La patrulla que llegaba completa primero gritaba su lema.

Nos ganaron los Leopardos pues estaban más cerca del lugar de formación. No nos gustó a ninguno, pero Hugo ya estaba corrigiendo para la próxima vez. Hicimos silencio al ver a Osvaldo con su mano derecha en alto y haciendo el saludo scout, eso significaba silencio. Osvaldo inicia la oración scout para el comienzo de la reunión y todos oramos.

Finalizada la oración, dice: -ime gustó que una patrulla este domingo bien temprano haya realizado la buena acción del día, y lo más lindo fue que lo hizo toda la patrulla! Por eso hoy un integrante de la patrulla Castores pasará a izar el pabellón. Es que los Castores habían ido a visitar a su compañero enfermo.

La sonrisa de Hugo que estaba orgulloso de su patrulla, fue la envidia de los Leopardos. Lo eligió a Guillermo Caballé para izar la bandera, porque había sido él quien tuvo la idea de visitar a Carlitos. Guillermo era muy amigo de Carlos e iban juntos al industrial donde estudiaban química los dos.

La reunión transcurrió animada, todos practicamos nudos para el domingo siguiente, que era la competencia. De las promesas ni hablamos, era un secreto del Consejo.

Esa semana en los ratos libres, en el micro, me venía a la memoria el tema del uniforme, y pensaba cómo conseguir el mío. Me dijo un compañero en el colegio que había una casa que vendía sombreros en La Plata y que quedaba en la misma cuadra de su casa. Le pedí si no me hacía el favor de preguntar cuánto salía una boina negra. Me miró y me dijo: -¿y para que vas a usar una boina negra?, le conté que era scout y

necesitaba una. Me dijo que al otro día me traía la respuesta.

Pero no había caso, el uniforme era algo inalcanzable para mis ahorros y mi mamá no había vuelto a hablar sobre el tema. Osvaldo me había dado el teléfono y la dirección de Buenos Aires de una proveeduría que se llamaba "el Viajero" donde se vendían los uniformes.

El sábado estaba en casa repasando unas materias pues la semana siguiente tenía los temibles exámenes trimestrales. En el fondo reparando unos alambrados del gallinero estaba mi papá. Lo ayudaba mi mamá pues quería que le hiciera una conejera nueva para una coneja que iba a tener cría próximamente. Sonó el timbre. Viene mi hermana y le avisa a mis viejos que estaba su madrina. Dejaron todo y se fueron a lavar las manos, mientras mi hermana los recibía.

Los saludé cuando entraron, y me vieron que estaba estudiando. Entro mi mamá y ellos mismos dijeron: - *No nos podíamos aguantar en casa, vinimos a traerle a mi ahijada su vestido nuevo*. Mi hermana saltó de alegría, mi vieja diciendo: - *Pero por qué se molestaron*.

Entró mi papá, saludó a Antonio y luego a Ema, comentó lo que estaba haciendo en el fondo, y mi hermana saltando de alegría le cuenta lo que le habían traído. Mi mamá le dice: bueno en un ratito te lo vas a probar. Anda y poné la pava para tomar algo caliente! Se sentaron y comenzaron a conversar.

Tomaron un café y mi hermana tomó el paquete con su traje, fue a su pieza y se lo puso. Apareció en el living luciendo su vestido nuevo. Le quedaba muy lindo. Mi mamá dijo que le iba a ajustar no se qué cosa, pero agradeció a Ema por el regalo para su ahijada.

Yo estaba sentado en el sillón grande frente al ventanal del living, me había llevado allí el libro que estaba leyendo. En ese momento mientras las mujeres seguían viendo el vestido, se acerca Antonio y se sienta junto a mí. Me pregunta que estaba estudiando, no recuerdo lo que le conteste pero fue algo como: -materias para los trimestrales. Me dice: -¿te falta mucho? Le dije: - No, sólo estoy repasando, ya lo sé casi todo. Me contesta: - ¡Muy bien!, parece que andas bien en el colegio. En ese momento me acordé que me habían entregado la libreta de las notas y le dije: - Ando bien, espere que le muestro. Me fui a mi cuarto y traje la libreta, se la muestro y Antonio, con la libreta en la mano se levanta y se va a donde estaba Ema. Le muestra y le dice: - ¡Mira qué notas! ¿Qué te parece? Ema me sonríe y me felicita. Antonio se queda mirando mi libreta unos minutos y viene al sillón donde estaba y Ema lo acompaña para darme un beso. Me entrega la libreta y me dice: - perdón, pero no vi la nota de Educación Física! Abro la libreta y en la página donde estaba la nota de Educación Física había un pequeño sobre que decía: "QUE DISFRUTES DE TU PROMESA SCAUT!"

Scout estaba mal escrito, pero eso no impidió que abriera el sobre justo cuando se puso mi mamá a mi lado. Dentro del sobre había dinero, y mucho y un papelito que decía: "Si tu hermana tiene traje nuevo, vos también tienes que tener un uniforme nuevo, esperamos que alcance, sino nos decís cuánto falta. Ema y Antonio"

La emoción me hizo colgarme del cuello de Antonio, a Ema le di un beso que la emocionó. Mi mamá asombrada por el regalo que me habían hecho y mi viejo contento de verme a mí contento.

¡Tenía mi uniforme!, sólo faltaba ir a comprarlo.

Capitulo 10: La Promesa

Ya había pasado medio año desde que ingresé al Grupo Scout, ya nos habían dado nuestro número de grupo y el nombre, y nuestro Jefe ya había formulado su promesa.

Ya se había consolidado la Tropa y en la Manada había muchos integrantes. Según Osvaldo, había unos cuantos que estaban convencidos de ser scouts, y por eso aquellos que lo deseaban debíamos pedirle tomar nuestra Promesa scout. Ante esta realidad, propuso como opción, que los primeros en formular la promesa en la Tropa fuéramos los guías y sub guías de las dos patrullas.

De esa forma Coque y Alberto Grunewald eran los designados de los Leopardos y Hugo y yo por los Castores. Coque era el más grande de todos, tenía 17 años y había empezado a trabajar como administrativo en uno de los corralones de materiales más grandes de City Bell. Ese trabajo, tiempo después le sirvió de antecedente para entrar a trabajar en el primer Banco que se instaló en el pueblo. Por lo tanto no tenía drama para conseguir el uniforme, se lo compro él. Hugo se compró la camisa y con unos vaqueros viejos los cortó y se hizo el pantalón. A Alberto sus padres, le compraron el uniforme completo y a mí me lo habían regalado y ya estaba en mi poder.

Se reunió la corte de honor (Osvaldo, Hugo y Coque), ratificaron a los que iban a formular su promesa y establecieron por sugerencia de Osvaldo que la ceremonia fuera dentro de los festejos de las fiestas patronales que eran en agosto de cada año.

Más tarde nos informaron a los demás integrantes que se realizarían el domingo 22 de agosto, las primeras promesas de los Guías y Sub guías. Se les aclaró al resto que había algunos que por conducta o poca predisposición, debían mejorar para poder solicitar hacer la promesa. El gordo Kote se dió por aludido pero no dijo nada.

También comentó que debíamos prepararnos y entonces organizó para el día anterior a la ceremonia, la llamada Vela de Armas. Todos debíamos estar a las 17 horas, en la parroquia para cumplir con esta ceremonia previa.

¿Qué era eso? Osvaldo, luego nos explicó en qué consistía, para que todos supiéramos a qué íbamos.

Baden Powell había tomado como modelo para los scouts, la ceremonia que hacían los caballeros medievales la noche previa a ser nombrados caballeros por parte del rey.

¿Cómo la realizaban los caballeros? Consistía en pasar en vela la noche previa a ser nombrado, ofreciendo al Dios y al Rey su escudo y las armas que poseía, poniéndose a su servicio y meditando los puntos de los códigos de los caballeros. B.P., como le decían al fundador de los scouts, adaptó esta ceremonia y colocaba al pie del altar ofreciendo a Dios, el pañuelo scout y las insignias que le colocarán en el uniforme al día siguiente, meditando esa noche los puntos de la Ley Scout.

Llegó el día previo, en el campito del fondo de la parroquia, Osvaldo nos reunió a todos y habló de la importancia de la ceremonia que íbamos a realizar y de la que algunos realizaríamos al día siguiente: Nuestra Promesa Scout.

Para el inicio de la Vela de Armas; nos formamos cada patrulla en dos filas, todos acompañarían a quienes tomábamos promesa hasta las puertas del templo, en donde nos despedíamos, pues la ceremonia era sólo para los que formularían su promesa, al día siguiente.

Allí estábamos casi todos a las 5 de la tarde. Por qué dije casi, porque faltaban dos personas: Alberto que formulaba su promesa y el Gordo Kote que nadie sabía la causa de su ausencia.

Esperamos un rato y como Alberto vivía frente a la plaza al fondo de la parroquia, uno de los Leopardos, fue a buscarlo a su casa. No había nadie. Volvieron avisando eso a Osvaldo, quien decidió continuar con la ceremonia para que no se hiciera mas tarde. El, sabía que en breve se haría otra ceremonia como ésta y allí tomaría Alberto su Promesa.

Nos formamos cada patrulla en línea junto a nuestro Guía y Sub, fuimos hasta la puerta principal de la parroquia, y allí nos despedimos de los que no tomaban promesa. Quedamos Osvaldo y nosotros tres.

Se abrió la puerta del templo, con pocas luces encendidas y entramos con un cierto temor. Osvaldo, cierra la puerta detrás de nosotros y en silencio nos acompañó lentamente hasta el pie del altar, donde en orden cada uno depositó su boina negra, dentro de ella la insignia metálica de la boina, el pañuelo y las insignias del uniforme.

Nos sentamos y quedamos en silencio, pensando lo que íbamos a hacer. Había dos candelabros con 5 velas cada uno y una caja de fósforos al lado. Junto al altar había dos banderas: la Argentina y la Scout. En un banco cercano había una gruesa manta gris oscura, muy bien doblada. Osvaldo se había encargado de preparar todo el ambiente.

Las luces se fueron apagando, quedando sólo una que permitía leer cada punto de la ley scout y un párrafo sobre ese punto sacado de la Biblia para reflexionar.

Iniciamos la ceremonia con la oración scout y a medida que íbamos analizando cada punto de la ley, turnándonos con las respuestas y comentarios que allí se dieron sobre cada uno de los puntos. Fue pasando el tiempo. No sé cuánto duro. Pero el clima logrado fue una sensación que no la olvidé por el resto de mi vida.

Al llegar al último punto a meditar, nos trasladamos hasta el bautisterio, y allí los tres juntos humedecimos una de nuestras manos en la pila bautismal y realizamos un

gesto de lavado de nuestros ojos pensando en la limpieza del alma para el día siguiente. Al finalizar Osvaldo encendió todas las luces del templo, indicando o simbolizando la llegada del espíritu santo.

El silencio es algo que todavía recuerdo. Estábamos preparados.

Nos fuimos a casa a esperar la hora de nuestra Promesa al día siguiente: 22 de agosto de hace muchos años, en el frente de la parroquia debajo del campanario.

Volvimos todos para la misa de 10:30 de ese domingo. Entre ellos estaba Alberto. Nos contó con mucha bronca que con la familia se habían ido a Bs As a la casa de unos parientes que uno estaba muy enfermo, y cuando vieron la hora que era, ya era tarde para llegar a City Bell. Osvaldo le explicó lo decidido y Alberto con mucha rabia entre los diente aceptó el cambio de fecha para él. El gordo Kote no apareció.

Dentro de la parroquia, durante la misa, los tres en el momento de las ofrendas, llevamos nuestros pañuelos al altar para que el cura los bendiga. La silla con la manta gris oscura, seguía estando junto al altar. Nadie la había tocado.

Al finalizar la misa y después de las bendiciones de las ofrendas, fuimos a recogerlas y nos dirigimos al patio lateral de la parroquia y formamos cerca de la campana. La gente se retiró a sus hogares. El resto de la Tropa, trajeron una pequeña mesa donde estaban las banderas Argentina y Scout, nuestros banderines de patrulla, con los pañuelos e insignias. Junto a la mesa estaba la silla con la manta gris oscura.

Nuestros corazones latían a mil. Nuestros nervios crecían minuto a minuto. Osvaldo nos forma en círculo y pide que los tres que formulábamos la promesa pasaramos al frente de la mesa. La ceremonia tenía un protocolo preparado previamente que debíamos dar respuesta a las preguntas que nos hacía nuestro jefe.

Bueno, como ocurre siempre, el protocolo falló como era previsible. Lo que debíamos memorizar no lo recordamos, y las sonrisas de los que estaban formados fueron apareciendo en el aire y nos ponía más nerviosos.

Atento a eso y marcando su prolijidad, el "cuasi ingeniero" Osvaldo, tenía un papel con las respuestas, que nos lo entregó y entre los tres pudimos leer las respuestas olvidadas y finalizar con el trámite. El Jefe nos colocó a los tres nuestro pañuelo; con alfileres engancho las insignias, nos entrega las boinas y: Éramos los tres primeros scouts de City Bell.

El Jefe de tropa nos felicita y antes de romper la formación se dirige a la silla con la gruesa manta gris, la toma entre sus manos y nos dice: ahora es el bautismo scout. No entendíamos nada. Da la orden de romper la formación y se dirige al lugar con más pasto que había.

Ricardo el ayudante, había ido a la misa, pues el sábado no pudo participar de la Vela de Armas. Se acerca al Jefe y éste le dice: - Ayúdame. Despliegan la manta que

tenía aproximadamente dos por dos metros y medio y les pide a los que no habían tomado promesa que se agarren fuerte de la manta, y nos dice: - de a uno por vez se suben a la manta y nosotros lo lanzamos hacia arriba tres veces, no se agarren de la manta que se pueden caer o doblar un brazo.

El primero en subir fue Hugo, el flaco de un metro setenta. Voló bien, se desparramó mucho y sus patas casi lo hacen caer fuera de la manta. Luego subió Coque, que era flaquito y liviano, voló muy bien, y sin sobresaltos, y luego venía yo, petiso, morrudo. Cuando me subí, los desgraciados que revoleaban no me dejaron ni apoyar en la manta y salí despedido como un satélite, me pareció o del susto creí que había pasado la barra de los 3 metros, luego me contaron que no fue así pero que me hicieron volar como nunca y yo me había hecho un ovillo y salía disparado hacia arriba. Por suerte sólo fueron tres "voladas".

Las carcajadas de todos nos acompañaron un rato más, la manta fue doblada nuevamente y Osvaldo dijo: ya está preparada para la próxima, mirando de reojo a Alberto y a otros posibles candidatos.

Luego los tres primeros scouts fuimos a nuestras casas a contarles a nuestras familias esta historia que me marcó para toda mi vida: ERA SCOUT.

Capitulo 11: El Campamento Anual

Desde que iniciamos las actividades había pasado más de un año, la Tropa scout ya había realizado varias salidas cortas de un fin de semana y había llegado el momento de pensar en un campamento más largo.

Osvaldo ya había recibido de alguno de los guías la propuesta del tema: salir de campamento anual; y como era muy organizado y puntilloso, había comenzado a ver posible lugares.

Para ese domingo Osvaldo cito a los Guías y Sub guías para un Consejo de Guías después de misa y presento el tema diciendo: - Ustedes, quieren hacer un campamento más largo? Ya estamos en agosto y este es un campamento distinto, hay que pensar en muchos casos antes. Nunca estuvieron más de tres días fuera de casa solos. Nos miramos todos y sin decir nada aceptamos la realidad. También nos dijo: - Y ustedes, saben cuánto nos puede costar?.

Ninguno hablo más. Y nos vuelve a decir: - Cuantos días les parece que podemos ir de campamento?.

Hugo en ese momento fue el que respondió: - Cuántos seríamos para viajar? Cuál sería el lugar? Si no sabemos eso no podemos calcular nada.

El silencio siguió haciendo ruido. Nadie opinaba. Allí comenzó a hablar nuevamente: - Tengo un compañero en la Facultad que es de Tandil, y sus padres tienen una chacra en las sierras. Puedo consultarlo si nos deja acampar en ese lugar, no gastaríamos en un camping. Qué les parece la idea?.

Nos pareció muy bueno el lugar; algunos sabían donde quedaba Tandil, por haberlo visto en Geografía, y porque decían que solía haber una piedra movediza que alguien la hizo caer. Otros no tenían ni idea.

Había que organizarse, y propuso una idea para empezar. Nos dijo: - Para el fin de semana que viene quiero que me digan qué opinan sus padres de este campamento. Si están de acuerdo con que vayamos quince días. Allí los ojos se nos abrieron como huevos fritos, el desafío era muy grande.

Además debíamos conseguir costos del boleto en tren, horarios, etc. Hacer un menú para quince días, ver a un médico para hacer una fichas de salud cada uno, etc.

Tenía todo planificado y ya había hablado con su amigo y consultado a los padres dueños de la chacra. No había problema con el lugar. Sólo quedaba por definir la fecha de salida.

Cuando dijo sobre la posible fecha de salida, informó que debía ser en la primera quincena de enero dado que para esa altura ya se habrían terminado los exámenes en las escuelas y en la facultad para los que debían rendir.

Salimos de la reunión y nos fuimos a la canchita, los guías habían preparado algunos juegos por patrullas y luego nos reunimos en "los rincones". Les comentamos al resto lo tratado y el entusiasmo comenzó a entrar en nuestros cuerpos. A todos les gustó el proyecto. Ahora había que ver que decían los padres.

Esa semana fue intensa, justo habían entregado las libretas de calificaciones, y para algunos fue un problema en la consulta con los padres, aunque la mayoría venía bien en los estudios. No había rechazo para que alguno no fuera al campamento. Todos los padres conocían a Osvaldo pues era muy cuidadoso y vigilante con todos.

Como Osvaldo viajaba en tren a la Facultad, pudo averiguar en la estación de La Plata horarios y costos de tren. Lao, el hermano de Coque, era nuestro cocinero y empezó a diseñar un menú (además todos preguntamos a nuestras madres que podíamos hacer de comer durante los quince días y después se lo comentamos a Lao). Coque consulto a sus padres sobre el tema carpas, pues necesitábamos las dos. Tuvimos la suerte que Don Wenceslao padre había organizado las vacaciones de la familia para febrero y las carpas estaban disponibles. Todo venía bien.

Comenzamos con la patrulla a ahorrar para el viaje, empezamos a ver qué comprar aquí para llevar a Tandil y allí aparecieron en nuestra vida scout "las latas de viandada". Carne picada pre cocida, enlatada para exportar. No era un artículo de uso común en ninguna casa, por eso un día le pedí a mi mamá que me comprara una lata y ver qué gusto tenia. Se podía comer fría o se podía freír en la sartén. Estaba buena!. Pasó la prueba.

Los integrantes de nuestra patrulla que viajaríamos eran Hugo Carrara, Guillermo Caballé, Carlos Tour, Lao Paunero y yo. Los Leopardos eran Coque Paunero, Alberto Grunewald, Edgardo De Isasi, Kote Squirru, y Mario Carrara.

Todos esos habían conseguido permiso para el viaje. Ricardo Binci por razones de trabajo no podía ir, el Gordo Kote era el único con problemas médicos, su ficha decía que tenía asma y era alérgico a las picaduras de hormigas. Un par más que no recuerdo, no habían andado bien en las escuelas y no viajaron. El resto no sé porque no fueron al viaje.

Una tarde nos reunimos las patrullas y comenzamos a "pensar en voz alta" sobre el campamento. La cosa pasaba por lo que había que llevar, como ser: 2 carpas, equipo para cocina, nuestras mochilas y lo más pesado era la materia prima para las comidas.

Armamos entre todos, dos bolsas grandes con arpillera para colocar las lonas de las carpas. Las estacas había que hacerlas en el lugar, por lo que llevamos un par de hachas

de mano y un martillo grande para clavar las estacas. Contábamos con el bolso marinero que tenía Osvaldo, allí fuimos colocando las ollas y sartenes, cucharones, espumadera, pava y todo lo necesario para cocinar. Alguien trajo un farol tipo sol de noche que funcionaba a kerosene.

Con los ahorros que nos propusimos en las patrullas compramos hilo sisal para las construcciones de cada uno y unos metros de sorguines. Cada uno llevaba una soga personal de 6 mts, compramos varios pedazos de nylon para cubrir la leña para cocinar, cubrir la despensa para los víveres y la cocina.

Los alimentos, eran imposible transportarlos entre los 10. El único que no se preocupaba por eso era el Gordo pues él estaba siempre donde debíamos usa la fuerza, era una bestia. Se lo planteamos al Jefe y éste ya había pensado en llevar lo mínimo de alimentos en nuestras mochilas y el resto se compraría en Tandil.

No recuerdo quién fue el que trajo la información sobre cómo sería el viaje en tren. Salía de City Bell y en forma directa y sin trasbordo llegábamos a Plaza Constitución y allí mismos, en otro andén salía el que nos llevaría a Tandil.

Así pasaron los días y empezamos a tomar ritmo en varias cosas, como aprender a armar mesas, un altar, la cocina, etc.

El consejo de Guías había determinado que para no gastar material en dos cocinas, dos mesas, etc., armaríamos una para comer todos juntos. Lo mismo una única cocina y en donde el desayuno y el almuerzo lo cocinaba una patrulla y la merienda y cena la otra, así nos clasificaban todos los días la cocina para el puntaje del campamento.

Ya estábamos en el mes de noviembre, cuando nos cae la "bomba": La familia Carrara completa se iba de viaje para las fiestas a Italia. Esto causaba las bajas de Mario en los Leopardos y de Hugo en los Castores. ¡Perdíamos a nuestro Guía!

Se reunió el consejo y determinó que, por ese campamento, el Sub guía se haría cargo de la patrulla. ¡Ese era yo! ¡Qué responsabilidad me dieron!

Capitulo 12: Campamento. Ida A Tandil

Se acercaba fin de año, City Bell es hermoso en esa época, casi todas las casas tenían al menos una planta de jazmín, que perfumaba el pueblo. Ese aroma, siempre me traía el recuerdo de la Navidad.

Mi papá, el 8 de diciembre, siempre armaba en el living de mi casa, el pesebre. Traía unos baldes de arena, que volcaba en la cavidad de la chimenea y en forma muy prolija simulaba una lomada; colocaba la cunita del niño Jesús en el centro, las estatuillas de María y José a los costados, el asno y la vaca detrás de la cuna dando calor al Niño, luego los Reyes Magos, los pastores, ángeles y ovejas diseminados por todos lados. Con musgo, cubría la arena dando aspecto de césped al lugar. Era una ceremonia que hacía todos los años cambiando los personajes de lugar.

Esas piezas en cerámica, las compraron cuando yo nací, y cuando armé mi familia, se los pedí a mi madre para seguir con la tradición que generó mi papá.

Pasaron las Fiestas de fin de año, y llegó el día anterior a la salida a Tandil. Para ajustar los últimos detalles nos reunió el Jefe a los guías en su casa. Allí fue donde nos informó que íbamos a tener un integrante más en el campamento, que venía para ayudarlo.

Su Tótem era "Toro Feliz" y lo conoceríamos en el tren cuando llegábamos a Villa Elisa pues allí subiría. Era toda una sorpresa. Esa noche creo que no durmió nadie.

Al día siguiente, bien temprano me despertó mi papá, me puse mi uniforme y desayunamos toda la familia pues me iba quince días de campamento.

Me despedí de ellos y fui para la parroquia, donde debíamos reunirnos. Allí nos esperaba Osvaldo y el padre Blas. Hicimos una oración pidiendo que el Gran Jefe nos acompañara en este primer campamento anual.

Salimos caminando por la diagonal hacia la estación del tren. El tren salía de City Bell a las 9:45. Al llegar ya estaban algunos padres que fueron a despedirnos. Mi mamá estaba allí, con su inseparable bicicleta negra con portaequipaje.

Llegó el tren. Buscamos el furgón que estaba siempre en la cola del tren. El guarda nos dijo que subamos tranquilos, que esperaba.

Los que subían las cosas grandes, eran el Gordo Kote y Alberto Grunewald. Las carpas y el bolso marinero fueron lo primero que subieron, luego los parantes y nuestras mochilas. Saludamos otra vez y subimos al vagón junto al furgón, cantando todos "Yo soy scout".

Enseguida llegó a Villa Elisa, sacamos la cabeza por las ventanas para ver si veíamos alguno vestido con uniforme. No había nadie parado junto al andén.

De pronto, vimos aparecer con su boleto en mano y una mochila enorme, a un fraile con espesa barba, anteojos, sotana marrón con su inconfundible soga blanca como cinto y saludando a todos con un ¡Siempre Listo! Subió al tren y Osvaldo nos lo presentó a todos y dijo:

- Como tenemos quince días, no podemos faltar a misa, por eso traje para que nos ayude en este primer campamento al Padre Roberto, su tótem es Toro Feliz, nombre que le pusieron en el grupos San Francisco de Villa Elisa.

Vimos enseguida que era realmente Feliz, pues nos dijo:

- Escuché que venían cantando, sigan nomás, que yo los acompaño.

No salíamos de la sorpresa, alguno intentó seguir cantando y el cura lo registró al toque y allí saco del profundo bolsillo de la sotana algo que distinguió a este campamento durante todos los días: una armónica; la cual tocaba a la perfección.

Seguimos cantando, pero ahora acompañados con música. Estábamos en el último vagón para cuidar las cosas del furgón; no había mucha gente pero los pocos que estaban, disfrutaron de nuestras desafinadas canciones.

Así llegamos a la estación Constitución en Buenos Aires. Nuevamente el desembarco de todas las cosas en el andén. Nos quedamos allí un momento pues Osvaldo, fue a consultar cuál era el andén del que salía la formación que iba a Tandil.

Regresó diciendo que salía para Tandil del andén 10 que estaba como a 60 metros y partía a las 11:00 de la mañana. El tren ya estaba esperando. Trasladamos las cosas, y nuevamente los bultos grandes subieron primero y los pusimos entre los respaldos de los asientos, los palos de la carpa por debajo de otros. Las mochilas, las subimos a unos portaequipajes que tenía el vagón. Una vez cargado todo, organizamos cómo nos íbamos a sentar en los "confortables" asientos de madera, que nos llevarían al destino final.

La euforia de todos cuando arrancó el tren fue enorme, pero lentamente se fue calmando, pues el viaje fue muy largo y cansador.

Cantamos, comimos, descansamos una siesta, volvimos a cantar, hicimos juegos, prendas, etc. Caminamos por el tren cruzando varios vagones hasta llegar a los vagones de primera. Eran acolchados con una cubierta de cuero color verde espectacular. Esa era la diferencia entre primera y segunda, aunque a nosotros nuestro vagón nos parecía de tercera por lo duro que eran los asientos.

Luego de un largo viaje arribamos a la ciudad de Tandil a eso de las 17 hs. En la estación de tren estaban los padres del compañero de Osvaldo con una camioneta, en donde nos iban a trasladar hasta el campo donde acamparíamos.

Ya habíamos establecido que esa noche cocinaban los Leopardos. Por lo tanto en el primer viaje iríamos los Castores con los bultos, en la camioneta. Osvaldo se quedaba en la ciudad con la otra patrulla, que debía hacer las compras para luego cocinar. El cura se fue con el matrimonio a la casa de ellos, pues querían que cenara con ellos y al otro día lo llevaban al campamento.

En esos días, estaba lloviendo mucho por las sierras. El día que llegamos no fue la excepción y el cielo estaba muy encapotado. El trayecto hasta la chacra no fue muy largo, pero apenas llegamos al lugar comenzaron a caer unas gotas enormes y debíamos apurarnos.

Junto a una arboleda arrimaron la camioneta y descargamos todo el equipaje que llevábamos. Le dije a Carlitos Tur que abriera una de las bolsas con la carpa y a Lao, que sabía cómo se armaban que lo ayude. Guillermo y yo apilamos más juntos los bolsos para que no se mojen. Carlos y Lao trajeron una de las carpas y la desplegamos sobre todos los bultos para proteger nuestras cosas.

Luego comenzó a llover, empezamos a armar la segunda carpa, Carlos y yo buscamos palos para hacer las estacas, extendimos la lona y Guillermo se mete por debajo de ella y comenzó a levantarla, Lao llevó uno de los parantes dentro de la carpa y lo ensartó en la anilla de la cumbrera del fondo. Alguien trajo el otro parante y levantamos el frente. Lao y Guillermo sostenían los palos y nosotros tratábamos de clavar las estacas (el suelo era muy duro, las estacas se rompían con facilidad). Atamos los vientos principales con grandes piedras que había en el lugar. Estiramos como podíamos los vientos laterales. Comenzó a llover más fuerte.

Estábamos empapados, pero la carpa estaba parada. Nos mirábamos y nos reíamos por nada, o por nuestras fachas sucias. Nos metimos los cuatro adentro esperando que amaine un poco. Cuando paró el chaparrón, hicimos con las palas que teníamos una zanja alrededor de la carpa para que no entrara el agua, buscamos nuestras mochilas y nos fuimos a acostar y descansar un poco. Al rato sentimos de nuevo el motor de la camioneta que traía a Osvaldo y los Leopardos.

Al vernos empapados, comenzaron a reírse todos. Osvaldo los trae a la realidad y manda a juntar leña a los recién llegados. Nosotros habíamos juntado un poco pero no lo suficiente para cocinar, pero si para iniciar el fuego y secar mas leñas.

Osvaldo nos dice:

 - Busquen en sus mochilas ropa seca, se cambian y se acuestan que cuando esté la cena los llamo.

Pero allí empieza otra historia, que quedó marcada en todos nosotros.

Recién dije "Nos quedó marcada para toda la vida". Y es verdad, porque los Leopardos estaban trabajando contra el tiempo, pues eran responsables de hacer la comida. Kote;

cortando ramas cosa que le encantaba, De Isasi, "el mudo" juntaba leñas junto a Alberto. Coque le dice a Osvaldo que estaban mojados peor que nosotros y nosotros recién cambiados y en la carpa con ropa seca.

Osvaldo lo llama a Coque aparte y le pide que lo acompañe hasta la casa del puestero de la chacra. Estaba como a dos cuadras. Golpearon las manos y se abrió una puerta donde salió el chacarero. Detrás de él, estaba chusmeando la señora, que quería saber quién llamaba con ese tiempo. Osvaldo le explicó la situación y el señor le ofreció un galpón para que pasemos la noche todos allí y a la mañana siguiéramos armando el campamento.

Fueron al galpón que estaba pegado a la casa, y abrieron el portón. Sacaron afuera un enorme carro que estaba allí estacionado y la señora limpió un poco el piso de tierra apisonada. Teníamos donde pasar la noche tranquilos.

Recuerdo que la lista de equipo personal decía traer 2 mudas de ropa interior, dos pantalones, varias remeras, y pares de medias.

¿Porqué recuerdo esto?: porque volvieron a las carpas y la orden fue: "vamos todos a la casa del chacarero". Cuando escuchamos eso, nos largamos a reír, hacia cinco minutos que habíamos terminado de cambiarnos la ropa húmeda y era nuestra segunda y última muda de ropa.

Tomamos nuestras mochilas y bordones y encaramos para la casa. Cuando pasamos por donde estaban armando la cocina, nos piden que llevemos el bolso marinero con la batería de cocina.

Otro bulto a transportar. Esos 200 metros fueron como el desembarco en Normadía pero sin tiroteo. El camino era una pequeña subidita de tierra con un barro blanco que se pegaba a los zapatos.

Los bordones servían para llevar como en una camilla al bolso marinero, resbalábamos y apoyábamos las manos para luego caer al barro pegadizo. Llegamos al alambrado que estaba en medio del camino, no había tranquera cerca, pero si se podían pisar para cruzar, los alambres lisos que tenía el alambrado. Carlos como era el más grade de los castores iba al frente junto a mí, atrás Lao y Guillermo. Carlos pisa el segundo hilo de alambre y al apoyar todo el cuerpo el alambrado gira y arrastra a Carlos que soltó el bolso y cae en medio de un hermoso charco.

Cara, manos, ropa, pelo con barro bien fresco. La risa de los cuatro sonó en el campamento, Carlos lanzó una puteada enorme. Intentamos levantarlo, y allí resbala Lao y cae de rodillas en el barro. Más fuerte fueron las risas. Por hacerme el canchero, quise tenderle una mano pero el barro nos hacia resbalar las manos, camino hacia atrás y caí sentado en otro charco. Cruzamos el alambre, solo faltaban unos cincuenta metros, los tres parecíamos salidos de una película de los tres chiflados. Nos miramos y sin

decirnos nada empujamos a Guillermo que estaba de punta en blanco y unificamos todo nuestro atuendo: ¡¡Barro para todos!!!!

Llegamos al galpón re cansados. La dueña de casa al vernos nos acerca una lata de 20 litros que usaba como balde y allí en orden fuimos metiendo nuestras "patas, manos cabezas embarradas" para lavarnos un poco. Sacamos la colchoneta, nos cambiamos la remera y sacamos los pantalones, nos tiramos a dormir con el traje de baño.

Llegaron los Leopardos, cansados también pero con la responsabilidad de hacer la cena en la cocina de la chacra. Sacaron unos fideos moños, caldos, y algunas papas y zanahorias para pelar y hervirlas.

Fue una sopa-guiso (*Minestrón* le decían) riquísima, calentita y que nos devolvió el calor al cuerpo. Al terminar de cenar, lavaron los platos en la cocina dejando todo en orden y nos fuimos a dormir todos.

Al día siguiente, cuando abrimos los ojos, vi que estábamos durmiendo todos cruzados y juntos para darnos más calor pues había refrescado. En la oscuridad no habíamos visto que sobre unos tablones había 6 lechones mostrando sus hocicos que habían sacrificado para vender. Linda sorpresa.

La señora dueña de casa entra despacito al galpón, y comienza a buscar la lata de 20 litros donde nos lavamos la noche anterior. No estaba por ningún lado, vuelve a la bomba del molino para ver si estaba allí y tampoco estaba. Ella quería hacernos un mate cocido para todos. Entra de nuevo al galpón y hace la pregunta

-¿Alguien vió la lata que deje anoche aquí?. Nadie contestó nada.

El único que seguía durmiendo era el gordo Kote. Lo despertamos y cuando reaccionó, dice:

-¿Cuál?¿Esa amarilla cuadrada grande que estaba en el medio? Yo la use para hacer la sopa de anoche!!!!

Nadie se descompuso y resulto ser la sopa más rica que tomamos.

Capitulo 13: Campamento. La Misa

Ya hacía unos días que estábamos de campamento. La cocina estaba armada, la mesa terminada y estábamos terminando en un pequeño bosquecito que había en la chacra, un altar para que Toro Feliz diera las misas.

Antes de seguir, quiero comentar para aquellos que lean estas historias que esto ocurrió hace unos cuantos años atrás. La aclaración la hago pues muchas cosas actuales para vivir en campamento no existían, o eran muy sofisticadas y ninguno de nosotros podía comprarlas. Por ejemplo: cámaras fotográficas digitales, ni en sueños, eran cámaras con rollos fotográficos para luego revelar y hacer copias. Teléfonos celulares tampoco existían, debíamos ir al pueblo a llamar por teléfonos públicos. No existían los mails ni los whatsapp, teníamos que mandar por correo una carta. Hacía unos pocos años que había aparecido en Argentina la Coca Cola, sólo existían unas gaseosas llamadas "Bidú" Cola y la "Sidral" que eran bebidas de origen nacional.

Muchas de esas cosas, nos hacían extrañar nuestra casa y familia. Todos en distintas fechas escribimos a nuestros padres y alguien juntaba las cartas y las llevaban al correo la patrulla que iba a hacer las compras. Tardaban varios días en llegar.

¿A qué vienen estas aclaraciones? Es por algunas historias que recuerdo que pasaron en el campamento.

¿Recuerdan cuando me enseñaron a hacer una colchoneta con las bolsas de arpillera? Bien, todos teníamos una colchoneta llena de pasto y hojas que juntamos en la chacra y alrededores.

Llegó el primer domingo, íbamos a inaugurar el altar. Era una mesa de palos finos y habíamos armado un crucifijo con un Cristo hecho en sogas que estaba muy lindo.

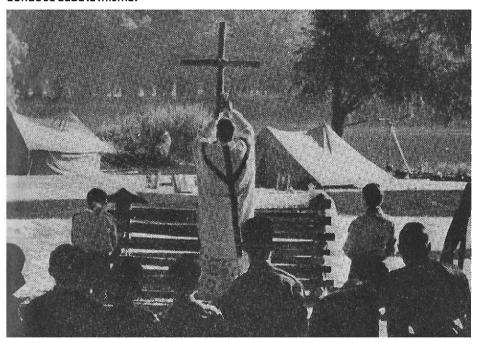
Toro Feliz con su armónica nos convocó a misa, todos formamos con nuestros uniformes por primera vez en el campamento (solo aquellos que habían ido a hacer compras se lo habían puesto para ir al pueblo). Llegamos formados por patrulla y con nuestros gritos resonando en el aire.

El cura estaba sacando de un pequeño maletín los elementos para la misa. Dos candelabros con sus velas, que tenían una pantallita de vidrio así no las apagaba el viento. Cáliz y un copón, los manteles y servilleta, una pequeña campanilla para la consagración y por último saco las vinajeras que nos sorprendieron a todos, eran dos "botellitas pequeñas de Coca Cola" una con agua y otra con vino de misa.

Los ojos de varios miraban las botellitas, era algo que muchos nunca habían visto, y

que a partir de ese día creó la costumbre en los que iban a la ciudad, se compraran una Coca para calmar su sed. Era la novedad.

Otra de las cosas que todavía no habían cambiado, era que los curas oficiaban la misa en latín y daban la misa de espaldas a los feligreses. Luego del Concilio Vaticano eso cambió y se comenzó a dar las misas de frente al público y en la lengua natural de donde se daba la misma.



La Misa dada de espaldas por Toro Feliz.

Ese domingo soleado, cuando hicimos la formación inicial, Osvaldo nos pide que saquemos las colchonetas a secarse al sol, tarea que realizamos cuando terminó la izada de bandera.

El pasto de relleno estaba bastante húmedo, por los días de lluvia que habíamos tenido. Tendimos una soga entre dos árboles y sacamos las colchonetas. El gordo Kote como era asmático, quiso sacar de las bolsas el pasto para que salieran los polvillos de las bolsas. No tuvo mejor idea que sacar el pasto a todas las colchonetas y ponerlo como pequeñas montañitas para que cada uno supiera cual era su pasto. La idea no pareció mala y lo dejamos.

Toro Feliz después de desayunar había estado confesando a algunos. Comenzó la misa. En un momento se da vuelta y allí escuchamos una oración que quedó para

siempre:

- Ecum spiritu tuo, a lo que todos debíamos contestar
- Amén y siguió diciendo con la misma tranquilidad:
- vayan a las carpas a espantar a las vacas.

No entendimos hasta darnos vuelta y ver dentro de las carpas, había 5 vacas de la chacra, que se habían salido de sus corrales y estaban comiendo nuestro pasto. Se interrumpió la misa, espantamos las vacas y volvimos a terminar la ceremonia.

Perdimos parte del pasto de varias colchonetas en este ataque animal al campamento. Una misa movidita. Pero eso no fue todo.

Cada patrulla tenía su carpa. El cura se había llevado una carpa para dos personas, pero que en realidad entraba solo él y su mochila, pues ambos eran enormes y no entraba otra persona.



Toro Feliz con su carpa personal

El tema era ¿donde dormiría Osvaldo?

Cuando armamos las dos carpas en su lugar para pasar los quince días, definimos que, como los Castores éramos más chicos de tamaño que los leopardos, en nuestra carpa se instalaría una despensa con los alimentos que teníamos para vivir. Entonces en la carpa de los Leopardos fue a dormir Osvaldo.

Armamos una pequeña construcción que funcionaba como alacena, cuatro patas y

los palos que las unían y un piso de hilo sisal que tejimos entre los palos que unían las patas. Altura unos 20 centímetros del piso.

Cuando terminó la misa fuimos a cambiarnos el uniforme y cuando abrimos la puerta de la carpa, y levantamos unos bolsos de ropa, encontramos un nuevo ataque animal: esta vez era una invasión de HORMIGAS NEGRAS que atacaron la alacena.

Sacamos todas las ropas y limpiamos de hormigas la carpa. Allí recordé lo que hacía mi abuelo en la quinta y salí hacia la casa del puestero y le pedí un poco de alcohol de quemar, volví a la carpa y con algo de algodón del botiquín e hilo sisal envolvimos las patas de la alacena y embebimos el algodón con alcohol de quemar, y de esa forma las hormigas dejaron de atacar la alacena.

Lo único que sufríamos era dormir con el olor a alcohol de quemar pero manteníamos los víveres a resguardos.

Los bichos nos habían enseñado muchas cosas.

Capitulo 14: Campamento. La Despedida

Ya llegaba el final del campamento. Habíamos disfrutado un verdadero campamento scout. Realizamos salidas en excursión a los cerros, visitas a lugares famosos, conocimos los restos de la famosa "Piedra movediza", vistamos el lago, el centro de la ciudad, el cerro donde hay un Vía Crucis enorme, su imponente Cruz en lo alto, recorrimos las distintas estaciones, algunos que teníamos cámara de fotos tomamos fotografías, en general la pasamos muy bien.

Toro Feliz, día por medio o cada dos días viajaba a la ciudad a hacer visitas a amigos o simplemente a visitar las parroquias cercanas. En una de esas escapadas conoció en su camino a unas señoras que vivían en chacras cercanas a donde estábamos acampando, y las mujeres le preguntaron que andaba haciendo por esos lugares. Contestó que estaba con un campamento scout en la chacra de enfrente. Las señoras lo consultaron sobre cuántos estaban acampando, a lo que les dijo que solo éramos 11 personas. Lo invitaron a pasar a la chacra y luego de unos mates, la dueña de casa se apareció con unos 15 paquetes de acelga recién cortada, media bolsa de papas y no recuerdo que otra cosa más. Luego de agradecer la donación, tomó los paquetes, la bolsa y se encaminó cortando camino para el campamento.

A los tres días nosotros regresábamos a City Bell, y el cura le dice a Osvaldo que al día siguiente cuando nos fuéramos a la última salida, él iba a cocinarnos la cena para todos.

Osvaldo ofreció ayuda, la cual fue rechazada, para que todos pudieran disfrutar de la salida.

Ese era un día tocado por la vara de la suerte, pues al rato llegan los dueños de la chacra y hablan con Osvaldo y al escucharlos les dice

 Por favor dígaselos a los guías de cada patrulla. Nos llamó con su silbato y fuimos Coque y yo.

El señor dueño de casa comenzó diciendo

- Muchachos, cuando le dije a su jefe que podían venir a acampar en la chacra, tenía miedo de que les pasara algo o que algo no saliera bien. Ustedes, me demostraron lo educado que son y lo bien que se han portado, y esto me lo han dicho los caseros que los vieron todos los días.

Nuestras caras eran de felicidad al recibir tantos elogios, y nos sonreímos agradeciéndole sus palabras. Fue allí donde continuo diciendo

- Como ustedes se van el sábado, ya le dije al casero que sacrifique un cordero para hacer un asado de despedida el viernes a la noche. Otra vez sonreímos por lo que estábamos escuchando y salimos corriendo a informar al resto.

Alegría total en el campamento, fuimos todos a la camioneta a saludar y agradecer a la dueña de casa, por el regalo que nos hicieron con su esposo. Ella nos dijo

-¡Voy a venir a comer el cordero con ustedes!

Esa noche, en las carpas, ya saboreábamos algo que no habíamos comido nunca en el campamento: el asado de cordero.

Al día siguiente hicimos la última salida a las sierras. Regresamos como a las 4 de la tarde. Cuando llegamos al campamento encontramos a Toro Feliz en plena tarea culinaria. Para cenar esa noche había preparado como 4 o 5 tortillas de papas. Las puso en una cacerola grande que teníamos para después cortarlas y servirlas.

Como estaba finalizando el campamento, debíamos dejar el lugar mejor de lo que lo encontramos, Osvaldo nos da la orden de iniciar el desarme. Previo a eso nos cambiamos con ropa de trabajo y empezamos a desarmar todas las construcciones en forma prolija. La cerca que habíamos hecho para evitar la entrada de las vacas fue lo primero en desaparecer, luego vinieron las portadas de los rincones, las leñeras, dejamos las mesas de cada patrulla para usarlas en la cena y el altar.

Toda la leña se apiló en orden en orden junto a un alambrado cercano a la casa para ser utilizada en el asado del cordero.

Esa noche cenamos las tortillas de papa con ensalada de lechuga. Lao que había estado ayudando al cura en la cocina, cortó en porciones las 5 o 6 tortillas que había hecho y lavó la lechuga. En una bandeja grande hizo la ensalada.

Cenamos. ¡Qué rico estaba todo!! Luego hicimos una velada junto al fuego, contando las anécdotas que habíamos tenidos en todo esos días lejos de casa, actuamos contando algún chiste, y entonamos algunas canciones scouts.

En un momento casi al final de esa velada apareció Toro Feliz, con su armónica entonando una canción muy linda, pero muy ceremoniosa.

Se sentó junto a nosotros, con un palo avivó el fuego, y comenzó a narrar una historia contando como BP había utilizado la costumbre de los indios americanos de llamarse con nombres de animales o plantas con una cualidad que representaba a cada persona. A eso se le llamaba Tótem Scout. Y explicó una tradición con la cual se podía bautizar, para tener Tótem un grupo si al menos había un tótemizado que lo bautizara.

Por eso esa noche, como él tenía tótem, podía realizar esa ceremonia. Allí anunció ante todos nosotros que iba a totemizar a una persona, y cuando se decía el nombre de esa persona, el elegido no podía hablar hasta finalizado el bautismo. Si hablaba antes se interrumpía la misma.

Ceremoniosamente, llamó al centro de la velada a Osvaldo, quien se asombró, pero lo aceptó. No voy a relatar como fue la ceremonia para no trasgredir la mística de la misma, sólo diré que a partir de esa noche el Grupo Scout 116 tuvo su primer Tótem y fue bautizado como: COBRA VIGILANTE. "¡Buen final de campamento!!"

Al otro día seguimos con la limpieza de las carpas, conseguimos cajas y colocamos en ella todo lo que nos sobró de comida y se lo regalamos a la señora del casero. Había harina, fideos, latas varias, todo fue a la bodega del chacarero.

A la tarde de ese día continuó cocinando Toro Feliz. En la sartén grande estaba haciendo con la acelga que le dieron las mujeres de enfrente bocadillos de acelga para llevar todos en el viaje de vuelta al día siguiente. No sé cuántos bocadillos fritó esa tarde, pero en un momento contamos y había más de 120 bocadillos. Los iba guardando en la olla grande que usamos para guardar las tortillas que cenamos la noche anterior.

Ese era el día que teníamos el asado. Al mediodía nos comimos las últimas latas de viandada. En ese momento vino el casero de la chacra y nos dice

- Necesito que vengan a la tarde a dar una mano para tener postre esta noche después del cordero. Como le tocaba a los Castores cocinar esa noche y nos hacían el asado, fuimos a ayudar Carlitos, Guillermo y yo. Lao se quedó ayudando al cura.
- -¿Qué hay que hacer? preguntamos y el dueño de casa nos señala las latas del famoso minestrón que estaban vacías y no dice
- vayan al campito de al lado, que allí hay una plantación de ciruelos, manzanos y algunas naranjas que eran muy pequeñas pues todavía les faltaba madurar.

Qué hermosa tarea nos dieron, comíamos dos ciruelas y metíamos 4 en el tacho, era un paseo especial. Carlos tomó por una senda entre ciruelos, Guillermo y yo tomamos otra paralela. Cada uno juntaba de cada mano del camino.

Todo bien, hasta que, en el suelo apoyada sobre un montículo de paja seca apareció la ÚNICA manzana que vimos en el predio.

La vimos los dos, de un rojo intenso y buen tamaño; y ambos nos tiramos a agarrar "la manzana de la tentación"

Ninguno de los dos nos dimos cuenta que allí cerca no sé si en el piso o en las ramas que teníamos por encima, había un panal de avispas enormes que como escuadra de aviones caza dieron rienda suelta a su ataque sobre nuestros cuerpos. Cara, cabeza, codos, brazos, alguno en alguna pierna, NOS HICIERON PELOTA.

Esa noche, a lo gaucho comimos el asado o sea Pan y Carne con el cuchillo de monte, pero sin ver lo que cortábamos pues nuestros párpados eran los de un boxeador en el round 9, el codo inflamado que no permitía doblarse, y la dueña de casa sacándonos algunos aguijones de avispas donde nosotros no llegábamos.

Nos pusimos barro en las picaduras de las piernas y brazos para bajar la hinchazón, nada cambió, pero nos sirvió de experiencia por la ambición de querer cada uno comerse esa manzana. Ya era tarde y saludamos y nos fuimos a dormir.

Llegamos al campamento y en la oscuridad, sentimos un ruido, nos asustamos y nos juntamos más que nunca. El cura encendió el farol de noche que estaba en la cocina, y allí descubrimos un nuevo ataque. Habíamos desarmado la cerca de las vacas, pero nos olvidamos de algunos caballos que también tenían en la chacra, y esa noche nos invadieron la cocina y nos comieron parte de los bocadillos del viaje!.

Acomodamos los trastos revueltos en la cocina, llevamos la olla a una de las carpas por si volvían al ataque y nos acostamos.

Con seguridad todos pensamos al unísono: Noche complicada para el recuerdo.

Capitulo 15: Campamento. El Regreso

Ya llegó el último día del campamento. Habíamos vivido un inolvidable campamento scout.

Ya teníamos todo preparado para el regreso. Solo faltaba la camioneta que nos viniera a buscar. Fuimos por última vez a saludar a los caseros, despedida lacrimógena. Habíamos hecho una muy linda relación. Volvimos al campamento que habíamos desarmado y sólo quedaba puesta la driza del mástil en donde todos los días izamos nuestras banderas.

Toro Feliz con su armónica acompañó el arrío de las banderas. Luego Osvaldo dirigió una oración de agradecimiento por lo vivido y pidió protección en el viaje de regreso.

Buscamos una sombra para realizar la espera. Hasta que unos minutos más tarde se escuchó el ruido de un motor. Era la camioneta.



Arriba: Coque Paunero - Osvaldo Belletini - la señora dueña del campo - Padre Roberto "Toro Feliz" - el señor dueño del campo - Edgardo De Isasi -

Abajo: Alberto Grunewald - Guillermo Caballé - Carlos Tur - Lao Paunero - yo (Alfredo Gismano)



El Gordo Kote. No había salido en la foto por dos razones: no le gustaba salir en las fotos y había ido a hacer los mandados el último día.

Subimos las carpas y mochilas, el bolso marinero y nos acomodamos todos sentados sobre los equipos para ir a la estación del tren. Fue un viaje de una media hora en donde disfrutamos del paisaje de las sierras con una vista que no la habíamos apreciado durante esos días.

Llegó el tren. Se cargaron los bártulos en el furgón, nos despedimos del dueño de la chacra, y partimos.

Al principio nos sentamos cómodamente en los asientos de madera, aflojando las tensiones de quince días y extrañando más que nunca a nuestros padres, a nuestros baños y a nuestras camas.

Como a la hora de iniciado el viaje, Osvaldo nos dice de juntarnos en los asientos de la punta del vagón que venían vacios, para charlar sobre lo vivido.

Fue unánime la respuesta de que ya debíamos comenzar a preparar el campamento anual del año siguiente, a lo que Toro Feliz agregó

- Esa es su tarea principal, juntar más chicos en las patrullas, porque así, será más divertido y el grupo crecerá con seguridad.

Esa pasó a ser la consigna para el año que se iniciaba y el compromiso de todos para traer, al menos, un amigo más a la tropa scout.

Toro Feliz agradeció que lo lleváramos y sacó su armónica y comenzó a tocar con tono de villancico (Gingle bell) una canción que decía algo así:

Vámo en tren!,
vámo en tren!,
a Constitución,
Porque ya se acabó!
Nuestra vacación!

Ese era el estribillo, las otras estrofas no las recuerdo. Lamentablemente perdí un cancionero scout que tenía esa canción.

La llegada a casa fue increíble, nuestros padres que pedían que les contáramos como nos fue, nuestra cama blanda y calentita, nuestro baño y ducha caliente que tanto extrañamos, y mil historias como estas para seguir viviendo el scoutismo y comenzar un año nuevo.

Pero eso es para otro libro. Gracias por compartir estas historias.

Hasta el libro que viene.



Patrulla Leopardos



Patrulla Castores